

YO LO CUENTO MEJOR

Autora: Andrea Avendaño Hernández

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, comunicación o transformación de esta obra solo puede ser utilizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley

Título original: Yo lo cuento mejor

Autora: Andrea Avendaño

Ilustraciones: Andrea Avendaño

Diseño Editorial: Eduardo Luna

Asesor de proyecto: Dr. José Sánchez Carbó

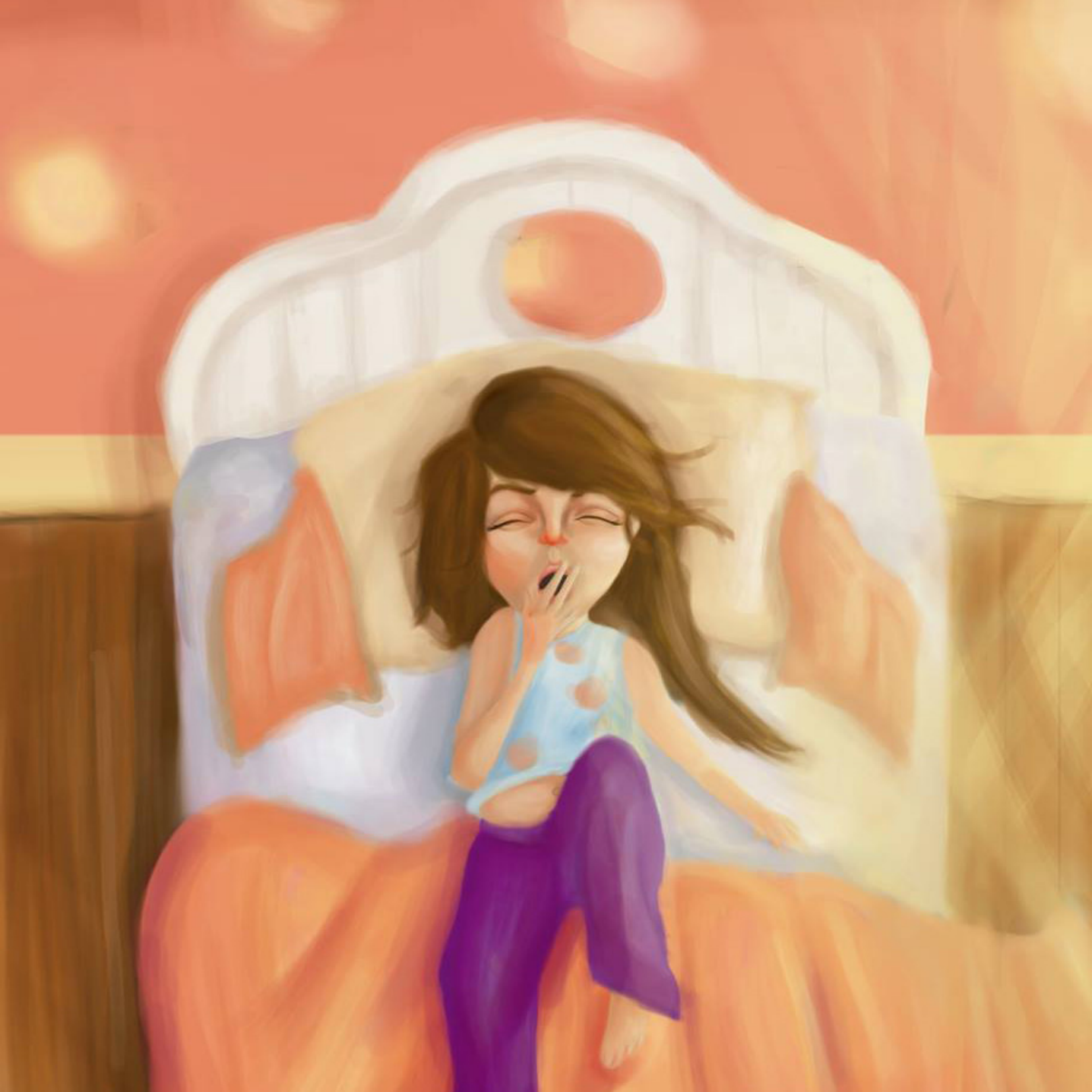
Impreso en Rigormagrafic

PRINTED IN MEXICO

*La dedicatoria
de este libro es para
mis padres, Lupita y Arturo,
sin su apoyo esta historia
nunca hubiera empezado.*

PRÓLOGO

*“No es por arruinarte el final, pero
todo va a estar bien.”*



YO RECUERDO CADA DETALLE

Desperté con el dolor de cabeza típico del primer día de clases. Una alarma chillona me obligó a abrir los ojos. Me despedí de mi cama rosada, alguien tenía que cepillar mi cabello, ponerme el uniforme, darme de desayunar y me pareció ridículo pensar en mi mamá haciendo todo eso por mí el primer día de tercero de secundaria. Logré convencerme de que ese iba a ser un buen día. La verdad es que nunca he sido buena con las mentiras, pero esa mañana, me lo creí.

Me acerqué al tocador de madera, de no ser por mi cama ese sería mi lugar favorito. Mis ojos no estaban acompañados de abultadas ojeras moradas, pero me veía cansada. Saqué mi uniforme, me vestí y recogí mi cabello en una coleta. No usé maquillaje, a los 14 años no lo necesitaba. Por fortuna Adela, la mujer que me dio la vida, tocó la puerta e interrumpió la plática conmigo misma, se me estaba haciendo tarde.

-¿Maya? ¿Ya te levantaste? -preguntó con dulzura. Ella me heredó los rasgos físicos, la estatura de menos de 1.60 metros, el carácter y, por supuesto, el sentido del humor.

-No mamá, sigo dormida, ¿porqué? -no pude evitar mordirme los labios al pensar que mi respuesta iba a enfurecerla.

-Eres muy graciosa -contestó al abrir bruscamente la puerta.

-Te ves muy bonita -le dije con sinceridad. Su impecable vestido blanco contrastaba con su cabello largo y café.

-Tú más -replicó sonriente.

Juntas bajamos a desayunar, nos esperaban en la mesa los dos hombres de la casa. Uno de ellos era Bruno, la única persona con la que compartía toda mi herencia genética. Él, el hijo perfecto, estaba por entrar a estudiar medicina. Su coeficiente intelectual era casi tan insuperable como su físico. Siempre andaba bien peinado, excepto cuando hacía ejercicio.

Le regalaron un carro cuando terminó la preparatoria, porque demostró ser lo suficientemente responsable como para ganarse ese privilegio. Mi hermano mayor, el metiche que no era metiche sólo “se preocupaba por mí” o eso decía mi mamá. El otro, era mi héroe, Octavio. Mi papá. Se parecía a mi hermano físicamente, pero él tenía una sonrisa dulce y no de rompecorazones. Con sólo mirarme, me hacía saber que era su persona favorita y él, mi consentido de la casa, sin dudarlo.

-Buenos días, señor Ramírez -le saludé y corrí a darle un beso.

Su respuesta fue el clásico “Buen día, hija” que sólo era especial porque iba acompañado de una sonrisa cálida y motivadora. Terminamos de desayunar y salimos de la casa. Mis papás se fueron juntos. Bruno me llevó a la escuela y luego se fue a su primer día de universidad.

-Suerte -le dije con cariño, me pellizcó el cachete y me guiñó el ojo como diciendo “no la necesito”, engreído.

Agradecida de que las clases habían terminado, fui con Regina a un parque cerca de la escuela. Mi mejor amiga me entretuvo contando historias de sus vacaciones, casi ni me di cuenta de la hora y menos me preocupé porque mi hermano no llegaba. Por poco y no noto al chico que escondía sus ojos detrás de unas gafas oscuras. Atractivo, pero era actitud y no físico. Lo vi cuan-

do caminaba hacia nosotros con mucha seguridad para preguntarnos dónde había un teléfono público cerca.

-No hay ninguno cerca -se llevó las manos a la cabeza tras mi réplica, su angustia se notaba aún con los lentes de sol puestos.

-¿Te urge llamar a algún lado? -preguntó mi considerada y coqueta amiga-. Te presto mi celular -él acepto y se alejó un par de pasos para llamar, pero regresó enseguida.

-Ya no tienes saldo, pero gracias.

-Te presto el mío -sonrió y me tomó la palabra, esta vez no se apartó, se sentó a un lado de nosotras y marcó. Casi de inmediato, me lo devolvió.

-Gracias, no me contestan. Hoy no es mi día.

Se retiró, pero se quedó parado junto a un árbol. Regina hizo una llamada de prueba y descubrió que sí tenía saldo.

-¡Es un extorsionador telefónico, Maya!, y le dimos nuestros celulares -Regina se asustó y empezó a suponer cosas-. Revisa tu registro de llamadas, ¡ya!

-Del mío sí llamó -nos miramos una a la otra, paralizadas.

-Perdón, ya vámonos -interrumpió mi hermano-. Regina, ¿te llevamos?

-¡Claro!, gracias -mi amiga se olvidó de lo sucedido en cuanto apareció su amor platónico, Bruno.

-Perfecto nos vamos en un momento, quedé de ver a un compañero de Enrique aquí afuera.

-¿Para qué? Ya vámonos -repelé.

-Para unos boletos, lo buscamos y ya, a menos que quieras irte sola. Puedo prestarte cambio para el camión.

Eso de “buscamos” fue un decir. Regina y yo sólo caminábamos detrás de mi hermano. Ella se distrajo hablando con él y yo tenía miedo. Mis papás iban a matarme cuando supieran que hice una de las cosas prohibidas para mí: prestar mi celular a extraños. En los programas de noticias

habían salido casos como ese, alertando a la población. Yo presumía de ser hábil, cuidadosa y me había dejado engañar. Estaba a punto de contarle a mi hermano, preparada para escuchar: “Mis papás te van a quitar ese teléfono”, “Mamá se va a volver loca” o “Ojalá te castiguen, ya te lo mereces”. Por suerte, encontró al susodicho de los boletos, el criminal.

-¡Qué onda, Mateo!, no te reconocí con el cabello así. ¿Cuánto tienes sin cortártelo? -dijo mi molesto hermano al tipo que acababa de extorsionarnos.

-¡Hey, Bruno! Pensé que me habías dejado plantado -estrecharon las manos; el delincuente decidió ignorarnos a Regina y a mí.

-Se me hizo tarde, pero me hubieras llamado al celular.

-Lo intenté, pero yo olvidé el mío, ya sabes con los nervios del primer día. No hay ningún teléfono público cerca.

¡Obviamente no lo intentó!, el mentiroso infractor, que parecía todo un criminal, acababa de extorsionarme y decidí defenderme.

-No es verdad, nos pidió nuestros teléfonos celulares para llamar pero no lo hizo –repliqué. Regina me miraba boquiabierta y me apretó la mano con fuerza.

-Es cierto, fingió que mi teléfono no tenía saldo para que tu hermana también le diera el suyo -mi mejor amiga se armó de valor para apoyarme, pero se puso color manzana cuando mi hermano volteó a vernos con una mirada que nos atravesó como un cuchillo.

-¡Maya! -gritó Bruno- Mateo, perdónalas, tienen 14 años, a esa edad las niñas alucinan demasiado y les gusta meterse en lo que no les importa.

El chico sonrió y se dispuso a entregarle a mi hermano los famosos boletos. Regina me jaló y me susurró:

-Más vale que aclares las cosas con tu hermano, me muero de pena -le torcí la boca y puse los ojos en blanco, ¡vaya amiga!

-Gracias, nos vemos el viernes. Cuídate y salúdame a Quique.

Mi hermano se despidió de mi agresor sin haber dicho ni una palabra para defenderme. Yo volteé a ver al tal Mateo cuando ya nos alejábamos. El tipo me sonrió retador, sacó un cigarro y lo encendió justo antes de darse la vuelta.

Regina no habló para nada en todo el camino a su casa, sólo me miraba esperando que dijera algo para limpiar su imagen frente a mi allegado. No lo hice, estaba furiosa por su falso apoyo, la reacción de mi hermano y la sonrisa del delincuente. Bruno tampoco dijo nada, pero se despidió de ella con todo cariño, juro que eso la hizo sentir mucho mejor.

-Ahora sí, cuéntame el cuento de tu celular robado -me dijo cuando nos quedamos solos. No tenía ánimos de platicarle nada y menos al escuchar su tono burlón.

-Nos preguntó si había un teléfono público cerca. Como no había, Regina ofreció prestarle su celular y ese tipo dijo que no tenía saldo, sentí pena y le presté el mío. Llamó, no le contestaron, el resto ya lo sabes, -intenté no darle detalles para que notara mi molestia.

-Entonces sí quiso llamarme, ¿por qué dijiste que no era cierto? Fue muy grosero, nena.

-Pero Regina sí tenía saldo, él lo hizo para que yo le prestara el mío y me extorsionara -Bruno soltó una carcajada que no ayudó para nada a mi mal humor.

-Maya, revisa tu registro de llamadas, quizá una de ellas sea a mi celular y todo tendrá sentido, ¿no?

-¡Ya lo hice! -grité furiosa- es un número extraño, no es tuyo, si así fuera me hubiera dado cuenta que él era tu amigo y se hubiera registrado tu nombre en llamadas salientes.

-Me agrada que empieces a ser responsable, no lo fue haber prestado tu teléfono a alguien a quien no conoces, pero preocuparte te suma puntos -de nuevo me pellizcó el cachete “amorosamente”, según él.

-Cuando llegue voy a marcar a ese número.

Mi hermano sólo se rió ante mi afirmación, quería burlarse pero lo evitó, supongo que para no ponerme más enojada.

Comí rápidamente. Mi mamá y Bruno platicaron de su día en la universidad. Temía que mi hermanito decidiera contarle todo, ella me regañaría, se burlarían de mí juntos y mi papá no estaba para defenderme. Terminé, recogí mi plato y subí corriendo a mi habitación. Estuve dándole vueltas al hecho de marcar ese número, aunque estaba dispuesta a hacerlo y salir de dudas, de lo contrario esa noche no dormiría tranquila.

Timbró dos veces y colgué. Volví a llamar, esta vez lo dejé sonar más de 20 segundos y me contestaron.

-Hola, ¿Maya?, ¿así te llamas? -sentí miedo, no conocía la voz del hombre que contestó y él se sabía mi nombre-. Soy Mateo, el amigo de tu hermano.

-¡Qué ridículo!, ¿por qué te marcaste a ti mismo de mi celular? -¡Claro!, el delincuente era más bien mi enamorado- ¡Querías mi número!

Se rió a carcajadas y logró avergonzarme como nunca antes.

-No, creí que había perdido mi teléfono y llamé para salir de dudas.

-Pues mi amiga sí tenía saldo -le reclamé.

-No sé qué pasó, de haber sido así hubiera podido llamar, ¿no crees? -me quedé callada-. Pero cuéntame más de ti. Sólo sé que te gusta prestar tu teléfono a extraños y llamarles, tu hermano es Bruno, tu amiga es la más amable de las dos y te llamas Maya.

-¡Ah!, pues también deberías saber que no me gusta quedar en ridículo, ni perder mi tiempo. Adiós, delincuente -finalicé la llamada, según yo, furiosa. En realidad me había hecho sentir mejor hablar con él, a pesar del ridículo que hice tanto al teléfono como fuera de la escuela.

Al poco rato de haber colgado recibí un mensaje de texto: “Ahora sé que eres MUY mal educada”, me hizo sonreír. ¿Por qué se tomaba tantas molestias?, supuse que le había simpatizado tanto como él a mí, pero decidí no responder.

-Si Bruno no se lo ha contado a mi mamá, seguro lo hará si le digo lo que pasó -me dije a mí misma, en voz alta.

En la cena me aseguré de que mi hermano no había abierto la boca. Cuando mi papá me preguntó cómo me había ido en la escuela, Bruno casi escupe el agua en un intento fallido por disimular una carcajada. “Bien” fue mi única respuesta, en realidad no había sido un día tan importante y me daba pena admitir mi ridículo.

Al día siguiente, recordé que había una sola persona a quien no podía ocultarle mi sentir y me vi obligada a contarle.

-¡Llámale! -fue su primera reacción, incluso habló antes de que le terminara de contar.

-No, Regina escucha. Le colgué y luego me mandó un mensaje.

-¡Llámale! -gritó más fuerte.- Si no lo haces tú, lo hago yo -me arrebató el celular.

-¡Hazlo! -me miró boquiabierto-, hazlo y nuestra amistad terminó. ¿No lo ves?, hice el ridículo. Serías una mala amiga si me provocas un bochorno más, además te culpo de todo.

-¿A mí? -me regresó el celular y su euforia desapareció- ¿Yo qué hice?

-Tú me dijiste el cuento del extorsionador y todo eso.

-Porque me asusté, yo me lo creí -soltó una carcajada, como todas las personas que se enteraban de la confusión-, no puedo creer que le hayas reclamado y encima le llamaste por teléfono -me contagió su risa.

-Ya basta, olvidemos el tema, no quiero recordar el día de ayer.

-Yo sí -dijo Regina como si hubiera recordado algo de vital importancia-. Tu hermano tiene cuatro boletos para un concierto en un antro, este viernes.

-¿Cómo sabes? -pregunté suponiendo sus intenciones.

-Pues vi.

-¡Qué chismosa! -interrumpí fingiendo estar horrorizada.

-¡Ya!, sólo tienes que lograr que nos lleve.

Empecé a reír descontroladamente, mi hermano nunca iba a aceptar, era una misión imposible, era más difícil que leer *Cien años de soledad* y no confundirse, me daba más miedo que ver *El resplandor* en la noche.

-Somos menores de edad y aunque no lo fuéramos Bruno se negaría -intenté hacerla entrar en razón, a sabiendas de que eso era todavía más complicado que convencer a mi hermano.

-Ya casi cumplimos 15, es hora de empezar a ir a esos lugares -me esforcé por no mofarme.

-No tenemos identificaciones y la credencial de la secundaria no sirve, te lo aseguro -entrece-
rró los ojos y me miró fijamente.

-¿Crees que no he planeado todo? -me cuestionó con seriedad, yo sabía la respuesta y me daba miedo-. Vamos con todo el grupo de amigos de tu hermano. Seguro Quique también tiene boletos, tu hermano tiene cuatro; el de él, dos para nosotras y uno sin dueño y seguro Mateo va a estar ahí.

-¿Quién es Mateo? -fingí no recordarlo, más bien, quise ocultar que ya me había emocionado por el plan bizarro de mi mejor amiga.

-¡Pues el extorsionador! Maya, deja de hacerte la difícil e inténtalo, Bruno te adora -me convenció.

Para cuando mi hermano pasó por mí a la escuela, ya estaba totalmente decidida. Regina y yo nos pasamos redactando mi discurso en la clase de geografía. A la salida me abrazó eufórica y se fue a su casa de inmediato para que Bruno no se ofreciera a llevarla y yo tuviera todo el camino para hablar con él.

-¿Vas a ir a un antro el viernes? -me animé a cuestionarlo, tal como lo planeamos.

-Pues sí, va a tocar la banda de Enrique, ¿te acuerdas que toca el bajo? -se veía de buen humor y eso me motivó aún más.

-¿Con quienes vas? -se volteó a mirarme rápidamente y regresó la vista a la calle con una expresión divertida.

-Amigos, ¿por qué? – Se rió-, ¿Quieres ir?

-¡Claro que no!, tonto.

-¡Sí quieres ir! -se siguió burlando, dos días seguidos que no le ganaba una, eso no estaba en el guión.

-No me llevarías aunque quisiera y no puedo entrar.

Ni siquiera fue mi idea y ya me había puesto en ridículo. ¿Por qué le habré hecho caso a la loca de Regina?

-¡Ay hermanita! Adoro cuando te pones responsable -odié que se mofara de mí y decidí abortar la misión -; ayer Mateo me dio varios boletos, Quique me los mandó por si quería llevar a alguien más, apenas llevo dos días en la universidad sólo tengo un amigo y me sobran.

-¿Estás ofreciendo llevarnos a Regina y a mí? -su mirada anunció su siguiente carcajada.

-No, Maya. Todavía no tienes ni 15 años, apenas y yo puedo entrar.

Intentó contener sus burlas, pero seguro le contaría a Quique y al extorsionador, ya podía verme como su botana del viernes.

Cuando entramos a la casa, mi mamá estaba al teléfono y me hizo señas para que me acercara. Aventé mi mochila y así lo hice.

-Hasta luego, salúdame a tus papás -se despidió y me pasó la bocina-. Es Regina.

-¿Hola? –respondí.

-¡Amiga!, ¿cómo te fue? -su euforia casi me dejó sorda, volteé a ver a mi hermano antes de responder.

-¿Te acuerdas cómo te fue en matemáticas el curso pasado?

-¡¿Qué!? –gritó-, Estaba todo muy bien calculado, ¿qué pasó?, no me digas, mejor cuéntame al rato, ¿está él ahí? Salúdame, ni modo plan B -cuando Regina se ponía a hablar rápido, me

asustaba y me confundía-. Te quiero amiga, voy a comer. Tú haz lo mismo, a las cinco te veo en el *chat*, pero en serio. Adiós -colgó tan rápido que no me dejó más opción y acaté sus órdenes.

Estaba comiendo tranquilamente mi deliciosa ensalada rusa con pollo, cuando por fin descifré las palabras de mi colega. ¡Plan B! no, jamás. Ahora sí debía negarme, ya había hecho demasiados ridículos, era momento de romper con mi mala racha. Prendí mi computadora para hacer una investigación sobre la historia del fútbol, las típicas tareas que los maestros de educación física dejan en un intento fallido de aumentar la dificultad de la materia. Sabía que Regina me bombardearía con mensajes en cuanto me apareciera en el *chat*, pero de todos modos iba a oponerme a su nueva idea.

Regina<3: ¡Te tardaste!, ¿qué hacías? >=(

Maya R: Estaba comiendo, platicando con mi mamá y esas cosas. ¿Para qué me querías?, Bruno ya dijo que no.

Apareció la leyenda “escribiendo...” en la ventana de la conversación como por tres minutos, algo grande estaba planeando.

Regina<3: Ya lo sé. Vamos a implementar el plan B, no te lo había dicho porque la primera idea era infalible. En fin, estoy segura que ni siquiera va a ocupar los cuatro boletos ¿me equivoco?

Maya R: No.

Intenté mentalizarme que mi respuesta iba a ser “NO”, sin importar cuales fueran sus palabras. Pero, jamás imaginé que el plan B dependía de la negativa que acaba de darle.

Regina<3: ¡Perfecto! (:

Maya R: Demonios.

Regina<3: ¡Estoy tan emocionada!, esto va a ser MÁS divertido de lo que pensé :D. Lee con atención....

Mi corazón empezó a latir cada vez más rápido, no podía creer la propuesta de mi mejor amiga. Ese tipo de travesuras eran demasiado para mí. Yo no era obediente, me gustaba molestar a mi mamá, me sacaban de clase por reírme y hasta copiaba en algunos exámenes; pero, nunca nada

como eso. Sin embargo, mi peor debilidad era que, a pesar de mi carácter fuerte y extemporánea madurez, era influenciable, manipulable y totalmente consciente de ello.

Sin ninguna otra opción, motivada por alguna fuerza desconocida y con las manos sudorosas: Lo hice. Bruno acababa de irse a jugar *soccer* con sus amigos, yo aproveché para entrar a su habitación y revolotear todos sus cajones hasta que los encontré. Me hice de dos de los boletos y salí corriendo a mi cuarto. Le escribí a Regina, quien seguro se tiró al suelo de la emoción. Acorramos que se los daría al día siguiente en la escuela para evitar que mi hermano me descubriera. Los metí en una libreta. La adrenalina ya se me había pasado y la tarea estaba terminada, mi víctima llegó a casa y no se percató del atraco. Ya para el viernes pondría en marcha el resto del plan.

Mi amigo brincoteó por todo el salón como si le acabara de entregar tres millones de pesos, en efectivo. A sabiendas de mi incapacidad para mentir, me estuvo entrenando todo el receso con el fin de que pudiera salir bien librada del crimen. El primo de Regina, tenía la edad de Bruno, eran compañeros en la preparatoria, iban a nuestra misma escuela y ese parentesco fue nuestra salvación. De regreso a casa, aproveché para actuar.

-Adivina, vas a tener que llevarnos el viernes -esta vez no me molestó la sonrisa burlona de mi hermano.

-¿Ah, sí?, ¿y por qué haría algo así? -ahora sonreí yo.

-Carlo, el primo de Regina, le regaló tres boletos para ese concierto al que vas -tragó saliva.

-Que las lleve él, yo no quiero ser la nana de nadie -no estaba molesto, pero tampoco muy feliz.

-No seas torpe, se los regaló porque no puede ir. Son tres pero obvio sólo vamos a ocupar dos, a menos que tu amigo el delincuente te haya dado un boleto falso y necesites nuestra ayuda para entrar -mis burlas terminaron por borrarle la felicidad de su rostro.

-Mis papás ni siquiera te van a dar permiso -estacionó el auto justo afuera de nuestra casa.- Te reto a convencer a mamá, si lo logras, soy tu chofer -entramos a la casa, él sonriente y yo intentando disimular mi miedo a perder.

No había pensado en mis papás, más bien en mamá. No era sobre protectora, pero debíamos demostrarle madurez para que ella cediera con permisos, a mí me terminaba negando todo cuando empezaba a alzar la voz y mi historial de puertas azotadas tampoco me ayudaba. Recuerdo que cuando era pequeña y quería irme a dormir a casa de mis primas, me dejaba ir pero siempre la llamaba llorando a media noche. Había ido a las fiestas de algunas compañeras, pero siempre me recogían a las 12 de la madrugada y era mucho decir. En fin, mis probabilidades eran prácticamente nulas y desesperanzadoras.

Después de mucho pensar, me decidí a hablar con la mandamás de casa. Estaba en juego mi asistencia al concierto, pero más importante: mi dignidad ante Bruno. Tenía que hacer un esfuerzo considerable, mi falta de paciencia y carácter retador entorpecían mi camino hacia la meta. Fui a su habitación y entre con toda naturalidad.

-Mamá -apartó la vista de su libro en cuanto me escuchó-, ¿podemos hablar?

-Claro, ¿te pasa algo, Maya? -se levantó de su sillón y dejó el libro en el buró más cercano.

-No, quiero pedirte algo -ambas nos sentamos en la cama-, ¿sabes que Bruno va a ir a un concierto pasado mañana?

-Sí, me pidió permiso desde el lunes, ¿por qué?

-Yo también quiero ir.

-¿Bruno va a llevarte? -suspiró y acomodó un mechón de mi cabello negro detrás de mi oreja.

-Dijo que si tú me dabas permiso, me llevaría -mi madre sonrió al escuchar la ocurrencia de su precioso retoño.

-¿Sabes que no puedes entrar a esos lugares hasta cumplir la mayoría de edad?

-Sí, pero si voy con mi hermano nadie me va a pedir identificación ni nada. Prometo no separarme de él, ni hablar con extraños.

-¿Entonces para qué quieres ir? -en esos momentos un “no sé” era casi tan malo como un “porque sí”.

-Porque quiero divertirme con Regina -al menos no me había dicho que no.

-¿Hacemos un trato? —me preparé para escuchar la negativa.

-Está bien -agaché la mirada.

-Te vas con Bruno, no te separas de él y regresan juntos -decir que estaba sorprendida en ese momento, es poco- Nada de vestidos cortos, prohibidos los tacones de 15 centímetros, te puedes maquillar pero no como payaso. No tomas ni un refresco, no hablas con extraños y te llevas el celular.

-¡Sí! Mamá, ni siquiera tengo ropa como esa -estaba tan feliz, la abracé con tal ímpetu que casi la tiré de espaldas sobre el colchón.

-Pero si no las dejan entrar, se regresan al carro con Bruno y esperan a que tu papá vaya por ustedes, ¿tenemos un trato, señorita?

-Sí, mamá gracias -salí corriendo a buscar a mi hermano y cobrarle las burlas de toda la semana.

-Por la cara que traes, lo lograste -dijo al verme entrar eufórica a su habitación, me lancé a su cama-. ¡Maya!, ya desacomodaste todo, vete.

-Me puso unas condiciones.

-Perfecto —sonrió triunfal.

Recité casi literalmente las palabras de mamá con todo y mis compromisos. No le hizo muy feliz, pero un trato es un trato y Bruno no rompía sus juramentos.

Todo el jueves, Regina y yo nos la pasamos ajustando los últimos detalles de nuestro primer evento de mayores de edad. Pidió permiso para dormir en mi casa y se pasó dos horas vaciando su armario en busca de un atuendo. Yo no quise pensar en mi vestimenta, todo lo de mi *closet* parecía de una niña. Al final opté por *jeans* y un calzado de ocho centímetros, los más altos que tenía, lo agradecí porque aún con ellos, caminaba como garza con los tobillos torcidos.

Regina pintó sus ojos de un color potente y me ayudó a poner un delineado negro en los míos para no faltar a las condiciones de quien había hecho posible nuestra noche perfecta. A las ocho Bruno ya estaba listo para irnos, pero nosotras demoramos media hora más. Al despedirme de mis padres, mamá no dejaba de recordarme el trato que teníamos.

Estaba hecha un manojo de nervios y mi hermano mayor sólo repetía lo imposible que iba a ser entrar para nosotras, pero la actitud amistosa, coqueta y carismática de Regina, lo mantuvo sin quejarse tanto. Yo no les hacía caso, sólo me preocupaba verme mal y saber que era yo quien no ocultaba su edad. El lugar era un edificio con luces azul neón y un resplandeciente letrero color lila, decía "*The Night*". Dos hombres robustos recibían los boletos, pero no pedían identificaciones. Por un momento quise regresarme a casa, me sentía una extraña en ese lugar.

-Vamos chicas, actúen natural porque si no, se van a dar cuenta de su edad -dijo Bruno, luego de aparcarse su auto.

-Maya, quita esa cara -me reprendió Regina-, todo va a estar bien, tu hermano ni siquiera se ha dado cuenta del robo y tu mamá te dio permiso, ¿qué más quieres?, ¿ver al delincuente?

¡El delincuente! Ni siquiera había pensado en él. Qué vergüenza si veía cómo me prohibían el acceso, él podía entrar y salir sin problema. Peor, qué pena si mi papá iba por mí luego de tan desafortunado suceso, ni siquiera había pasado y ya podía sentir la humillación.

Los hombres de la puerta, recibieron nuestros boletos, me miraron y les sonreí, por dentro temblaba. No sé si fue suerte, si fingieron no haberse dado cuenta o si realmente creyeron en mi mayoría de edad, pero entramos. Oscuro, ruidoso y con mesas pequeñas, un gran escenario y luces que lo iluminaban sin afectar la negrura del lugar.

-¡No lo puedo creer! -gritó Bruno-, ya entraron, ahora vamos a la mesa y hagan lo que dijo mi mamá.

La mesa era pequeña y redonda, Regina y yo nos sentamos en dos de los bancos al rededor. Mi hermano platicaba con sus amigos Quique y Pablo, pero por ningún lado veía al delincuente. Pidieron una botella de *whisky*, yo tenía sed pero prometí no tomar nada y se me hacía patético pedir agua en un lugar al que la gente va a alcoholizarse. Junto con el alcohol les llevaron unos refrescos enlatados para preparar sus bebidas y hielos. Los tres amigos se sirvieron sus copas. Regina no paraba de bailotear en su asiento y yo acababa de ver al extorsionador telefónico. Traía todo el estilo de un rebelde con su chamarra de cuero, sosteniendo un vaso con una mano y su cigarro con la otra. Saludó a Quique, a Pablo, a Bruno, a Regina y cuando notó mi presencia; se sorprendió, me sonrió.

-Bruno no sabía que venía tu hermanita con su amiga -dijo Mateo, el criminal.

-Puede ser muy necia cuando se lo propone -mi hermano extendió el vaso y lo chocó con el de sus colegas.

Durante todo el concierto Regina no dejó de gritar y bailar, intentaba animarme y yo no hacía más que aplaudir y sonreír. Bruno tomaba y tomaba. El delincuente fumaba como locomotora, al igual que otros cientos de chicos a mi alrededor, todos contaminando mis sanos pulmones. Cuando Enrique y Pablo terminaron de tocar acompañaron a mi hermano en sus múltiples brindis.

-Así que además de maleducada y todo lo demás, eres necia -dijo Mateo sentándose en el banco al lado mío.

-No vine a socializar con los amigos de mi hermano, vengo con mi amiga -respondí.

-Pues no parece, ella está divirtiéndose y tú no -lo ignoré-, ¿cómo se llama tu amiga?

-Regina, ¿por? -sentí celos, no quería que Mateo dejara de hablarme para bailar con ella.

-¡Pablo! -llamó a su amigo-, baila con Regina, yo voy a sacar a Maya para que no se aburran, ¿te importa, Bruno? -mi hermano mostró su despreocupación y mi colega corrió a la pista para sacar sus mejores pasos.

-No quiero -el delincuente tomó mi mano y me obligó a bailar con él.

Pasaron dos canciones cuando nos volvimos a sentar. Me estaba dando sueño, Regina se la pasaba genial y me preocupaba el estado etílico de mi hermano mayor. Revisé mi celular pero no tenía llamadas de mis padres. La noche avanzaba y yo deseaba quitarme los zapatos, ponerme la pijama y descansar, no solía acostarme tan tarde. Las luces me habían mareado, Mateo bailaba con otra mujer de piernas largas, cabello rubio y un vestido más atrevido que ella. La modelo y el delincuente fueron la gota que derramó el vaso.

-Bruno -me acerqué a mi hermano para pedirle que nos fuéramos, su olor a alcohol me preocupó-, ¿estás borracho?

-¡No! -respondió entre carcajadas, sí lo estaba.

-Entonces ya vámonos -sin dejar de reír se levantó de uno de los bancos y cayó de rodillas-, ¡Bruno!

Sus amigos, incluyendo a Mateo, corrieron a levantarlo, yo llamé a Regina. Lo llevamos a una sala afuera de los baños, donde el ruido no era tanto y estaba iluminado. Todo lo responsable y correcto que creí a mi hermano, se me borró en ese momento. Sentí miedo, quería protegerlo y con más razón, irme.

-Maya, ¿puedes llamar a tus papás?, Bruno no puede manejar así, tomó mucho -dijo Enrique, también consternado.

-¡No! Por favor hermana, no les llames -suplicó mi hermano con voz ahogada.- Me van a castigar el carro, los permisos, todo, ¡por favor!

-¿Ahora sí te entra la cordura? -respondí irónicamente-. Lo siento Bruno, voy a llamarles.

-¡Maya, no! Por favor, se me va a pasar y si no, nos quedamos en casa de Enrique. Igual tienes que regresar conmigo, dijo mamá.

Mi hermano mayor estaba ahogado, él era perfecto para mis papás. El más consciente y centrado de los dos, su imagen se iba a arruinar. Yo no sufría por eso porque siempre he sido rebelde, necia y gritona; pero ¿Bruno? Sólo de imaginar el regaño que iba a recibir, sentí pena por él y no los llamé. Nos quedamos en esa sala hasta que el achispado se durmió.

-Si se quedan conmigo, el regaño va a ser peor, mejor los llevamos a su casa y subimos a Bruno sin que escuchen tus papás -sugirió Enrique-. Sólo tenemos un problema, su carro, ¿quién se lo lleva? Yo traigo el mío y Pablo el suyo.

-Yo no traje, me lo llevo -el delincuente decidió salvar el día-, ¿está bien, Maya?

-Sí, obvio -Regina respondió por mí-. Primero entramos nosotras, nos aseguramos que los señores Ramírez estén dormidos, luego ustedes suben a Bruno y Maya avisa que ya llegamos, ¿sí? -Todos cedieron al plan de la ocurrente.

Despertamos a Bruno para ayudarlo a subir al carro. Él se fue en los asientos de atrás con Regina y yo adelante con el delincuente. Pablo y Enrique lo guiaron a nuestra casa. De camino mi amiga concilió el sueño y mi hermano ni siquiera se movía, fue largo el recorrido, había demasiados autos como para ser las dos de la mañana.

-¿Esta fue tu primera salida de noche? -preguntó Mateo.

-Sí -respondí cortante.

-¿Nunca hablas? -¡Qué afán de molestarme!

-Sí, pero con quien quiero hablar -soltó una carcajada, ¿de qué se reía?

-Eso me basta para callarme todo el camino, ¿sabes?, vas a tener que platicarme algo porque estoy por quedarme dormido al volante.

-No tengo nada que contarte.

-¿Has visto la película *El silencio de los inocentes*? -negué.- Deberías.

-¿Por qué? -intenté disimular mi interés, pero era tarde. Mateo había logrado captar mi atención.

-No te voy a contar mucho porque quiero que la veas, pero ahí aprendí que todas las respuestas de la vida privada deben tener un precio, tú me cuentas algo a cambio de cualquier cosa, ¿trato?

-Si te cuento cosas de mi vida, entonces estaré permitiendo que entres en ella, eso es algo muy delicado –bromeé.- Lo mejor que puedes hacer es contarme algo personal como pago.

-¿Segura que no la has visto? –sonrió.

-Segura -se hizo un silencio incómodo-, ¿empiezas a preguntar tú?

-¿Cuántos años tienes? -tragué saliva, una parte de mí no quería decirle la verdad.

-14 -apartó la vista del camino por un segundo para mirarme- cumpla 15 en cinco meses, ¿y tú?

-18, cumpla 19 en tres semanas -los dos nos quedamos callados, fue como si en ese momento la diferencia de edad hubiera pesado más que un elefante, su frente arrugada y los latidos de mi corazón lo comprobaban.

-¿Harás otra pregunta? -me mordí la lengua a modo de represalia y el arrepentimiento subió a mis mejillas para ponerlas color carmín.

-¿Quieres que me meta en tu vida?, porque eso es lo que va a suceder si seguimos hablando -entrecerré los ojos y quise chocar mi puño contra su pequeña nariz.

-¿Te gusto? -yo no había tomado ni gota de alcohol, pero mis últimas dos intervenciones demostraban lo contrario. Él se sorprendió tanto como yo.

-Si lo acepto, me voy a sentir como un tarado. Si lo niego, me arriesgo a herirte. Pero si te digo que no lo sé, estaré siendo sincero con una mujer por primera vez en mi vida. -Su resolución me había dejado boquiabierto, no supe qué decir, cualquier cosa iba a sonar estúpida comparada con aquella respuesta.

A cada tontería siempre tuve algo que contestar, la mayoría de los niños que se me acercaban lo hacían para molestar o no me interesaban.

-Me gustas, -confesé- lo dudaba hace unos minutos, pero la verdad...

-La verdad es que te dejé sin palabras -interrumpió-, no lo planeé y menos lo hice para conquistarte.

-Ya lo sé, de haber sido así no lo hubieras logrado -empecé a reírme, cuatro días antes pensé que era un extorsionador.

-Ya llegamos, Enrique se detuvo.

-Es en aquella puerta, estaciona el carro justo enfrente.

-Maya -Mateo detuvo mi brazo justo antes de que lo usara para despertar a mi amiga-, esta conversación es un secreto, ¿sí? -asentí y me soltó.

-Regina, ya llegamos vamos a ver si ya se durmieron mis papás.

-Sí, sí el plan -dijo mi adormilada colega.

Entramos a la casa sigilosamente, por salvar a mi hermano decidí hacer a un lado lo que acababa de pasar. Mi mamá salió en pijama de la cocina.

-¿Cómo les fue? -preguntó mientras meneaba su té con una cuchara-, ¿y tu hermano?

-Afuera, con sus amigos y la pasamos muy bien, mamá -Regina sólo asentía con la cabeza a lo que yo decía-. Se van a quedar platicando un rato más, nosotras ya vamos a dormir -subimos corriendo a mi habitación.

-¿Crees que tu mamá ya esté en su cuarto?, la escuché subir las escaleras -susurró mi amiga.

-Entonces creo que sí, ¿bajamos por Bruno? -Regina estaba por salir corriendo pero la detuve-. Espérate, hay que quitarnos los zapatos para no hacer ruido.

Nos asomamos a la calle y los tres muchachos bajaron al borracho. Entre los cinco lo llevamos a su habitación y lo tumbamos en la cama, Bruno no hizo ni un ruido. Guiamos a los jóvenes a la salida, Mateo fue el último en despedirse, me entregó las llaves y se fue sin voltear.

Ya en mi cuarto, nos preparábamos para dormir. Regina hablaba y hablaba de que bailar con Pablo le había hecho repensar su atracción por Bruno, yo prefería no meterme, era incómodo hablar de mi hermano en la vida sentimental de mi amiga, además sabía que no gustaba de ella. Yo moría por contarle lo de Mateo, pero era muy emocionante mantener el secreto.

-¿Y tú qué?, escuché toda tu plática con el delincuente, casi lo arruino cuando le preguntaste si le gustabas, ¡no me lo esperaba! -Cabrona, fingió estar dormida.

-Si escuchaste, no hay nada que pueda contarte.

-Cierto, no te enojés y respóndeme una cosa: si no te hubiera preguntado, ¿me habrías contado tú? -su mirada insistente me presionaba.

-No -agaché la mirada y ella saltó de emoción.

-¡Por fin!, Maya nunca te ha gustado nadie, siempre les encuentras algo o los que te gustan a los dos días ya no -le sonreí y me metí en la cama. Ella apagó la luz y me siguió.

Nunca antes había pensado en tener novio. Todos a mi alrededor se me hacían aburridos, inmaduros o demasiado creídos como mi hermano, mucho más sus amigos. Mateo fumaba, tomaba y bailaba con quien se le pusiera enfrente, no sabía mucho de él pero podía apostar que era un rebelde indómito. Yo era desobediente y necia porque me gustaba sentir la adrenalina de hacer cosas impredecibles. Si mi mamá me decía “no corras con los ojos cerrados”, lo iba a hacer sólo para ver qué pasaba. Por eso robé los boletos de mi hermano, por eso quería ir al concierto y por eso me gustaba ese chico.

A simple vista, lo de Mateo parecía algo predecible. Yo le gustaba, él a mí y nos íbamos a hacer novios. Pero en realidad, había algo en ese joven que me hacía imaginar una historia muy divertida.

Bruno se despertó con una resaca que le ayudé a disimular y aceptó estar en deuda conmigo. Después de comer mi mamá estaba lavando los trastes y yo comiendo una manzana a su lado, decidí plantearle la situación, quizá por las ganas de ver su reacción.

-Mami, ¿alguna vez saliste con alguien más grande? -arrugó la frente, nos parecíamos tanto que seguro adivinó lo siguiente.

-Sí, alguna vez, ¿por qué?, ¿conociste a alguien anoche? -empecé a reírme.

-Depende -mordí mi manzana y ella meneó la cabeza.

-Eres demasiado inteligente, sueles desobedecerme pero piensas muy bien en qué, lo comprobé anoche -se secó las manos-. Si ese nuevo conocido te ofreció de tomar, no lo aceptaste y eso demuestra que no eres manipulable. Si no te ofreció, quizá sea un buen muchacho.

¿Buen muchacho? Fuma, toma, baila con súper modelos en vestidos descarados y confesó ser un mentiroso.

-¿Por qué de pronto confías en mí? -sonrió maliciosamente, yo di justo en el blanco.

-Siempre he confiado en ti, los límites que te he puesto te han ayudado a tomar mejores decisiones, ahora estás creciendo y lo veo con mayor claridad -la noche anterior me sentí opacada por figuras espectaculares en tacones gigantes, me sentí pequeña al lado de Mateo y mi mamá ya me había hecho sentir madura-. ¿Quieres contarme qué pasó anoche?

Le platiqué sobre mi conversación con Mateo, omití la parte de Bruno y el *whisky* y, por supuesto, la del extorsionador telefónico. Ella me contó la primera vez que fue a un lugar así, tenía 16 años y para esos entonces no era tan difícil entrar. Usó tacones y una mini falda, se arrepintió toda la noche. No pudo bailar y sentarse se le hacía difícil, alguien le tiró encima una bebida y se quedó pegajosa toda la noche. Se metió a bañar en cuanto llegó a su casa y mi abuela la regañó por que la ropa apestaba a alcohol. Agradecí no haber pasado por lo mismo, entonces entendí que sus condiciones fueron para protegerme y no por molestar.

-Me gusta verlas así -dijo mi papá al vernos riendo sentadas en el comedor.

-Es que tenemos muchas cosas en común -dije mientras le regalaba una sonrisa a mi mamá.

-Y también tienen algo de qué hablar con urgencia ¿cuándo vamos a ver lo del pastel para tu fiesta de 15? -preguntó mi papá, yo me había olvidado por completo de ese festejo, como la última prueba de vestido, mi mamá y yo terminamos peleando, pensé que mi castigo era quedarme sin celebrar.

Esa tarde en la pastelería mi papá estaba pagando el anticipo del pastel, cuando me llegó un mensaje: “¿Te veo el lunes? Te invito un helado”, al principio no reconocí el número y revisé mis mensajes anteriores. Mi prima Karina, Regina, mi papá ¡oh, el delincuente! Aproveché para pedirle permiso a mi mamá, ella sólo movió la cabeza comprendiendo que me daba vergüenza que su querido esposo o su hijo lo supieran.

-Veremos si Bruno puede ir por ti -dijo mi mamá como si me hubiera leído la mente-, ¿vas a ir después de clases, a las dos?

-Sí, pero no quiero que Bruno sepa -se iba a burlar aunque me debiera una después de su borrachera.

-Entonces voy yo por ti, ¿está bien? -ella no iba por mí a la escuela porque nunca me dejaba platicar con mis amigas, me presionaba y eso no me gustaba, pero tenía que hacer un esfuerzo.

-Está bien, pero yo te llamo para que no me apresures -sonrió y no se dijo más.

El lunes le pidió a Bruno que no me recogiera, no le dimos detalles y a él no le interesó preguntar. Tardé mucho peinándome y me llevé mi brillo para labios en la mochila ¿para qué nos arreglamos cuando vamos a ver a quien nos gusta?, él me conoció un día normal, en fin. A la salida, me quedé sentada en el mismo lugar de siempre con Regina y dos compañeras más, hasta que él se apareció, mis amigas se emocionaron más que yo.

-Ve, Maya, te está esperando -me animó Regina.

-No, que venga él -respondí con voz apenas audible y sin quitarle la vista de encima.

-No se va a acercar porque estamos nosotras, ve -me empujó, me levanté y empecé a caminar con toda la seguridad que pude externar.

-Hola -lo saludé, me sonrió sin quitarse las mismas gafas que llevaba cuando lo conocí.

-¿Te ayudo con tu mochila? -torcí la boca.

-No me gusta que carguen mis cosas -esta vez su sonrisa dejó ver sus dientes.

-Igual te voy a ayudar -me quitó mi maleta casi a la fuerza y caminamos hacia una heladería cerca del parque.

-Es muy anticuado invitar a alguien por un helado -me burlé.

-¿Qué quieres?, ¿café?, eso es de señoras -bromeó-, además no quiero que tengas pesadillas y vayas a dormir al cuarto de tus papás.

-Hace mucho que no voy a dormir con ellos -respondí un tanto ofendida.

-Maya -se rió-, estoy jugando.

Empecé a pensar que lo mejor sería quedarme callada el resto de la tarde. Planeé mandarle un mensaje de texto a mi mamá para que fuera por mí, inventaría cualquier excusa y él no se daría cuenta de que estaba incómoda.

-Ya no me dijiste qué querías hacer en lugar del helado -sonreí, era agradable verlo romper el hielo.

-Así está bien, sólo jugaba -creí que la aridez de mi respuesta iba a provocar su silencio.

-¿Quieres seguir jugando a las preguntas? Ya sabes, como el sábado -sonreí y por fin fui capaz de levantar la vista del helado para verlo a él.

-Pregunta, pero recuerda que tienes que pagar por mis respuestas -asintió y se quitó las gafas.

-¿Cuántos novios has tenido? -sentí que se burlaba.

-Uno, pero fue por compromiso.

-¿Por compromiso?

-Ya pasó tu turno, me toca: ¿cuántas novias? -agachó la mirada.

-Dos, pero muchas amigas -levanté una ceja, podría jurar que fue un gesto similar a los de mi mamá cuando algo le sorprende o no está de acuerdo.

-Bueno, te va.

-Explícame lo del novio por compromiso -los dos nos reímos.

-Era amigo de un novio de Regina y ella me obligó -meneó la cabeza.

Así nos pasamos un buen rato, preguntas y respuestas. Él tenía un hermano de 16 años, vivía con sus papás, ellos no estaban casados, estudiaba gastronomía en la misma universidad que Enrique y conoció a mi hermano en la fiesta de cumpleaños de su amigo en común. No tenía buenas calificaciones, pero sí muchos amigos. Sus dos relaciones habían sido con mujeres mayores que él y todas correspondían a su definición de mujer perfecta: fiestera, sociable, cabello negro y piel clara, amante de la música y alta. Yo sólo tenía el cabello, me sentí ridícula al compararme con la mujer de su descripción, pero al mismo tiempo sabía que yo era mejor, ¿por qué?, quizá me lo había hecho creer, quizá sólo lo percibía, no sé.

Salimos de la heladería y caminamos alrededor del parque frente a mi colegio, le platiqué de mi fiesta de 15 años, incluidos mis berrinches y rebeldías. Se reía de mis travesuras, no sé si le parecían tonterías o de verdad se divertía. Revisé mi celular un par de veces sin darme cuenta de la hora. Poco a poco el cielo se fue nublando, pero el aire seguía cálido, hasta que una gota cayó en mi nariz.

-Creo que debemos irnos -dijo Mateo limpiando la pizca de agua que resbalaba por mi cara.

-Tengo que llamar a mi mamá, va a venir por mí -el cielo tronó y se desplomó en miles de gotas.

-No, tenemos que refugiarnos, vamos a mi casa, ahí puede pasar por ti -supe que a mi mamá no le iba a parecer la mejor opción, pero acepté.

Corrimos a la parada de autobús y nos subimos a uno color naranja, ya empapados no dejábamos de reír. Saqué mi teléfono para llamar a mamá, no sonaba molesta y me despreocupé, Mateo le dio su dirección, llegamos, nos mojamos más porque él había perdido sus llaves, esperamos hasta que una señora abrió la puerta.

-¡Mateo! -se sorprendió ella y nos dejó entrar-, pasen, mira a esta niña está empapada.

-Estaría peor si no la traigo, mamá ella es Maya, una amiga. Van a venir por ella en un rato -sonreí a la señora y me contestó igual de amable.

-Pasa nena, te doy una toalla. ¿Quieres que te preste algo de ropa?, te va a quedar un poco grande, pero seguro es mejor a que te quedes echa una sopa -era muy cortés, pero me daba pena.

-No se preocupe, seguro mi mamá ya viene -respondí.

-Bueno, pero la toalla sí me la aceptas -, me guió hasta el baño y me dio un par de toallas- me llamo Tamara, el grosero de mi hijo apenas y nos presentó, ya se fue a cambiar el muy poco caballeroso.

-Está bien, la verdad él se mojó más, fue muy atento al tratar que yo no me empapara -sonrió.

-Bueno, tienes razón no estás tan mojada, ven a sentarte -me llevó a su sala, ahí estaba un hombre viendo la televisión-. Él es Mauro, el papá de Mateo -el señor me miró sorprendido.

-Hola, ¿tú quién eres?

-Se llama Maya, es amiga de nuestro hijo -me presentó la encantadora mujer.

-Maya, que bonito nombre, siéntate por favor -podría jurar que al señor se le salían los ojos de la sorpresa, no sentí miedo, pero si estuve algo incómoda. Me senté y la señora Tamara nos dejó en la sala-. ¿De dónde conoces a mi hijo?

-Por su amigo Enrique, él tiene amistad con mi hermano mayor –respondí.

-¿Tú hermano mayor?, ¿cuántos años tienes tú? -temí que mi respuesta lo hiciera sentir incómodo.

-14, señor -agaché la mirada.

-Oye Maya, ¿y tus papás saben que estás aquí?, podrían preocuparse -él decía mi nombre como si le gustara hacerlo, eso era extraño.

-Sí, mi mamá viene por mí -mi respuesta lo dejó helado y a mí su reacción.

No me preguntó nada más, me lo quedé viendo. Parecía simpático, igual a su hijo, era más actitud que físico, y tenía que serlo como para estar con una mujer tan guapa y cortés como la señora Tamara. Quería conocer al hermano de Mateo, pero ni siquiera él estuvo conmigo. Saqué mi celular de la mochila para ver si me llamaba mi mamá, quizá se había perdido en el camino, deseaba que no. De pronto sentí la mirada del señor Mauro, era como si yo fuera un misterio y me quisiera descifrar. Levanté la vista y le sonreí, él lo mismo y volvió a su trance mental frente al televisor. Tocarón el timbre y me sentí aliviada.

-Debe ser la mamá de Maya, ¿abres Mauro? –gritó Tamara desde la cocina, su compañero se removió incómodo en el sofá.

-Mateo, ya vinieron por tu amiga -gritó él, para no salir.

-Ya voy -respondió mi amigo, al mismo tiempo llegó un mensaje de mi mamá pidiéndome que saliera y caminara hacia la izquierda.

Me puse de pie y tomé mi mochila, me despedí de los señores y pude notar el semblante pálido del papá. Mateo corrió a acompañarme, camino a la puerta prometió llamarme más tarde. Feliz,

pero confundida por la actitud de don Mauro y las instrucciones de mi mamá, caminé hacia donde me dijo. Ella estaba ansiosa, pensé que iba a regañarme.

-Sube, nena -me dijo y la obedecí-. ¿Cómo te fue?

-Bien mamá, lamento que hayas tenido que venir aquí -soltó aire.

-No, está bien hija, más vale ahora.

-¿Cómo que ahora?- estaba tan confundida por todo que preguntarle era lo mejor para mi cordura, algo había pasado y yo ni cuenta me di.

-Pues ahora, a esta hora, hija.

Todo el camino a casa se deshizo en preguntas sobre Mateo. Dónde estudiaba, cómo eran sus papás, cómo me trataba, cómo me recibieron en la casa, si algo malo había sucedido y no pude evitar contarle la actitud extraña de su padre.

-La mamá de Mateo es guapa y amable, se llama Tamara, me recibió muy bien, el que es extraño es su papá -mamá giró la cabeza hacia mí como si le estuviera contando una tragedia.

-¿Por qué?, ¿te dijo algo?

-No, me miraba raro, debe ser por mi edad, ¿no crees? -mi madre asintió-. Me preguntó si ustedes sabían que yo estaba ahí, le dije que venías tú.

-¿Entonces no quieres seguir viendo a Mateo? -su pregunta me tomó por sorpresa, ¿cuándo dije tal cosa?

-No, su papá es raro pero pienso preguntarle por qué, seguro me cuenta.

Dimos por terminada nuestra plática. Después de ese día tan extraño, que empezó como una historia de amor y terminó como una de suspenso, las cosas se pusieron aún más misteriosas y emocionantes. Mateo y yo entablamos una amistad de aquellas que parecen no existir. Me convertí en su diario, una libretita en la que anotaba todo su sentir, sus miedos, sus ganas de no ir a la escuela, si se peleaba con su hermano, si su papá no confiaba en él, todo. A cambio de ese privilegio, yo lo dejé leer las páginas de mi vida. Yo era su libro favorito, o eso me decía, se divertía con mis historias que parecían ajenas a un mundo derrumbándose, le gustaba entrar a mi

burbuja rosada y a mí estar en su mundo caótico. Él me ayudaba a abrir los ojos, ser más crítica, yo le enseñé a imaginar.

Pero, había algo que parecía evidente para los demás y opacaba nuestros momentos juntos. Era como si mi mamá entendiera todo al revés, al principio sólo me preguntaba si ya había dejado de verlo o si nos habíamos peleado, parecía querer eso. Después inventaba toda clase de pretextos para no dejarme salir, entonces empecé a mentir. Exacto, aquello tan difícil para mí, lo que ensayaba por horas con Regina, esas cosas que antes no se me ocurrían, eran cada vez más sencillas.

-¿Puedo ir a casa de Regina mañana? -pregunté a mis papás durante la comida-, van a ir todas y nos iremos saliendo de la escuela.

-¿Quiénes son “todas”? -preguntó mi mamá, al parecer feliz de que Mateo no figurara en esos planes.

-Mía, Carla y creo que Laura, ¿puedo? -mis papás se miraron y se pusieron de acuerdo con ese gesto.

-¿A qué hora pasamos por ti? -en otro momento el cuestionamiento de mi papá hubiera sido mi perdición, pero ahora lo tenía todo bien planeado.

-Pues como a las seis -sonreí esperando convencer, por lo menos, a papá.

-Mejor llamas. Luego te tardas en salir -aceptó mi mamá.

Subí corriendo a mi habitación, feliz y orgullosa de mi actuación. Regina me llamó al celular ansiosa por escuchar el resultado. Todo salió de maravilla, aunque Mateo no aplaudía mi ocurrencia. Esas citas clandestinas se hicieron cada vez más comunes hasta convertirse en días de pinta. Rompí con mi récord de nunca faltar a la escuela, no entraba a clases y corría al parque para esperarlo. No era muy seguido porque tampoco se sentía cómodo con esa situación, no quería que me metiera en problemas graves y a pesar de prometer que era la última vez, se repetía.

-Tienes que tener cuidado, si sigues faltando van a llamar a tus papás -me reprimió un viernes de pinta.

-Esta es la última vez ¿sabes por qué? -negó con la cabeza- porque ¡hoy es tu cumpleaños! -grité y me tapó la boca.

-No me culpes de que faltas a clases -me soltó.

-¿Por qué no estás feliz?, es tu cumpleaños, olvídate de mis cosas -le regañé.

-Voy a salir esta noche con mis amigos, creo que tu hermano va –explicó.

-¿Y? él no sabe nada de esto, no creo que esté enojado -no entendía por qué algo así le preocupaba.

-No es eso -empezó a morderse las uñas y le quité la mano de la boca-, quisiera que pudieras ir.

-¿Insinúas que vuelva a robar boletos o algo así para ir con mi hermano? -me burlé.

-No es de boletos, pero sabes que no puedes ir -puse los ojos en blanco, me subestimaba.

-¿Ves?, por eso me escapé hoy, para poder verte. Tú ve y diviértete -la imagen de la chica piernas largas con la que estuvo el día del concierto empezó a bailar en mi cabeza.

-Ya olvídalo, ¿qué quieres hacer? –pareció como si hubiera leído mi mente porque espantó mis ideas.

-¿Tú?, es tu cumpleaños.

-Lo que quiero hacer, tú no puedes -me sorprendió su respuesta-. Quiero fumar.

-Pues hazlo -sacó su cajetilla y un encendedor, iba a prenderlo cuando se lo sacó de la boca y me lo dio.

-Enciéndelo tú -abrí los ojos como platos y él empezó a reírse-. Era broma, tu uniforme va a apestar a cigarro y mami sabrá que estuviste con el hombre malo.

-Ella no piensa eso -me quejé.

-¿Entonces por qué mientes y te escapas?

-Ya te dije que aún no lo averiguo, tú tampoco le has preguntado a tu papá el por qué fue tan extraño cuando lo conocí -intenté voltearle la jugada.

-Piensa que eres rara, o eso creo -nos quedamos callados-. Tengo una idea, si tú averiguas por qué tu mamá se opone a que nos veamos, yo te digo lo que opina mi papá.

-¡Lo sabes! -me quejé, llevaba semanas con la duda y él se lo había guardado-. Está bien, trato hecho mañana tendrás tu respuesta, será tu regalo -me levanté de la banca en la que estábamos sentados, agarré mi mochila y me dispuse a volver a la escuela antes de que Bruno llegara. Lo abracé por su cumpleaños y le entregué una carta.

Ya en casa, estaba dispuesta a conocer la respuesta de mi mamá, pero no quería que Bruno escuchara. Esperé hasta después de comer, él se subió a su cuarto y me quedé con mi presa viendo televisión. En varias ocasiones intenté preguntar, pero la plática tomaba rumbos alejados de mi intención. Cuando el programa de mi mamá se fue a comerciales, ella se levantó por un vaso con agua y ese fue mi momento.

-Mamá -me quedé callada por dos segundos que parecieron horas-, hay algo que tengo muchas ganas de preguntarte.

-Dime, ¿quieres agua? -dijo.

-No, quiero saber por qué no te gusta que salga con Mateo -mi cuestión la tomó por sorpresa, se sentó y dio un trago a su vaso.

-¿Por qué piensas eso? -pregunta no responde a pregunta, alguien estaba intentando salirse por la tangente, no respondí y la presioné con la mirada-. Es más grande que tú, por mucho.

-Pero nos llevamos bien, no me ha hecho nada -me reí al recordar la supuesta extorsión.

-Quizá no lo conoces del todo -¿y ella sí?, no le contesté, el propósito no era pelear-. De todos modos no me he metido en su relación, ¿o sí?

-No -tomé aire-, pero pones pretextos para no dejarme verlo.

-Lo hago sin pensar, instinto de madre -convencida de que no iba a sacarle más información, subí a mi cuarto.

Miré mi celular esperando ver una llamada de Mateo, pero no recibí nada. Bruno salió de la casa y el sonido del motor de su carro me recordó el festejo de mi criminal preferido, él sí podía ir y yo no. Me dormí reprochando a la vida que me haya permitido nacer cuatro años tarde. Ignoré la idea, porque nunca me había fijado en nadie de mi edad. ¿Por qué Mateo pensaba que yo era

madura? Mis papás, mi hermano, mis amigos, todos me pensaban irresponsable y gritona. Quizá el “pensar de más” me hizo despertar, la verdad no estaba durmiendo bien y lo recuerdo porque fue extraño. No fueron pesadillas, tampoco el clima. Me quedé mirando el techo y no tardé en volver a conciliar el sueño.

En todo el fin de semana no supe nada de Mateo. No lo llamé yo porque me daba pena tomar la iniciativa, además seguro estaba desvelado, comiendo pastel o qué sé yo. El lunes en la mañana se dignó a aparecerse, pero por mensaje de texto: “¿Me recuerdas?, voy a tener una semana complicada, te escribo el fin” como no supe qué responder, lo hice hasta después de clases, Regina sugirió un simple: “Sí :)”

Pasaron los días, normales, como todo lo que no me gusta. No me tiré al aburrimiento, tenía a mi mejor amiga y a mi familia. Además mi abuela se fue de viaje y mis primas que siempre se quedaban con ella nos hicieron compañía. Darla de 16 años y Karina de 14, me gustó platicar con ellas, me enseñaron nueva música y me ayudaron con detalles de mi fiesta. Mi única tristeza era pensar que podía olvidarme de Mateo, no quería hacerlo. Pero, el viernes por la tarde, cumpliendo con su promesa, se apareció. Lo sorprendente fue el lugar, mi casa.

-Maya -suspiró mi madre-, te buscan en la puerta.

Arrugué la frente, lancé mi celular a la cama y me levanté para ir a ver quién me visitaba. Estaba cerca de la puerta, de pie, seguro no había querido sentarse. Incómodo, callado y lucía tímido.

-¿Qué haces aquí? -pregunté con una sonrisa abarcando todo mi rostro.

-Vine a invitarte a la plaza de aquí cerca, no te voy a quitar mucho tiempo -volteó a ver a mi mamá, ella no le sostuvo la mirada-. Ven, ya le pedí permiso a tu mamá -me ofreció su mano.

-Un segundo, voy por una chamarra -subí corriendo las escaleras y me apresuré a elegir algo que me combinara; tomé dinero, mi celular y los guardé en mis bolsillos. Me eché perfume y bajé con la misma velocidad-. Listo.

Camino a la plaza, yo iba parloteando sobre mis actividades de los últimos días, él sólo escuchaba y sonreía de vez en cuando. Pensé que había extrañado escucharme, por alguna razón le gustaba oír mis historias bobas, o eso aparentaba. Entramos a la plaza y me compré un *smoothie*

de fresa, iba a pagarlo pero él se me adelantó. “Gracias”, pensé. Nos sentamos cerca de una fuente que se ubicaba en medio de aquel centro comercial.

-¿Y tú? -pregunté cuando me quedé sin historias.- ¿Qué hiciste?, ¿cómo te fue en tu cumpleaños?

-Bien, normal -respondió con una sonrisa, a mi criterio, bastante fingida-. Te traje aquí porque está cerca de tu casa -di un sorbo a mi bebida, me sentía como una niña regañada.

-Por mí está bien, aquí no nos mojamos como cuando fuimos a tu casa -recordé-, por cierto, a mi mamá sólo le preocupa que seas mayor, ¿qué dijo tu papá? -me animé a preguntar.

-Nada -hizo una pausa larga -que eres linda, le caíste bien a mi mamá.

-Pero, ¿qué dijo tu papá? -insistí.

-Cosas sin importancia -exhaló-, te llamó rara.

-¿Rara? -me sentí ofendida.

-Eso no importa, Maya -hablaba, pero sin mirarme-. Te invité a venir aquí por una razón.

-¡Oh sí! -casi olvidaba invitarlo a ir conmigo a los 15 de Regina-. Yo igual quiero decirte algo.

-Sí, pero yo primero, ¿está bien? -asentí, el orden no importaba-. Maya me caes muy bien, eres simpática, divertida y es impresionante lo madura que puedes ser -sonreí-, por eso sé que lo que te voy a decir lo vas a tomar bien y tranquila...

-¿Quieres que ya no nos veamos? -interrumpí, su desaparición y actitud indiferente tomaban sentido, lo demás no-. Bueno, pero ¿por qué?

-Pues en nuestra primera cita yo te hablé de las relaciones que he tenido y tú sabes cómo eran.

-Sí, yo soy más chica que tú y quieres a una fumadora, alcohólica, tampoco tengo piernas largas y un cuerpazo, ¿no? -agachó la mirada.

-No digas esas cosas -se disculpó-, es porque esto es complicado.

-No -volví a interceptar su diálogo-, no te disculpes -quise aparentar que no me caía de sorpresa, pero seguro mi voz se escuchaba poco y entrecortada- Está bien, Mateo.

-¿Te llevo a tu casa? —asentí.

El camino de regreso fue muy diferente al de ida. Todo mi buen humor se había quedado en aquella fuente. Sentí alivio de que él hubiera hablado primero, qué vergüenza haberlo invitado a ir a la fiesta y que después me dijera eso. Recordé los días anteriores en los que me di cuenta que olvidar a Mateo era posible, ahora no lo veía tan simple.

Pasaron dos semanas, Regina me mantuvo ocupada hablando de su fiesta, ultimando detalles y todo el circo que estaba planeando. Bruno había prometido llevarme al festejo, pero tuvo una urgencia o algo así. Mis papás me fueron a dejar, se portaban distintos conmigo, era como si quisieran evitar a toda costa hablar de mi corazón roto. El salón estaba adornado con globos, una fuente de chocolate blanco al centro, luces blancas y una lona con fotos de mi querida amiga. Ella corrió a abrazarme cuando llegué.

-¡Eras lo que faltaba en este lugar perfecto! -gritoteó-. No te separes de mí, vamos atrás, se supone no debo entrar hasta que estén todos los invitados y empiece el vals -me tomó de la mano y corrimos torpemente hasta una sala cerca de los baños- ¿y Bruno?

-Tuvo una emergencia. Se llevó su pase, si le da tiempo viene -expliqué.

-¡Quien sí va a venir es Pablo! -de nuevo se sentía atraída por él, lo cual dejaba a mi hermano en segundo término-, de todos modos no quiero que te separes de mí, Maya.

Y no lo hice. Cené en la mesa de la quinceañera. A la hora de recibir regalos, le ayudé a acomodarlos. Todo iba perfecto, hasta que empezaron a bailar. Pablo con Regina, mis amigas con unos compañeros y yo con nadie. Mirar a mi amiga me hizo preguntarme por qué alguien cuatro años mayor sí se fijaba en ella. Tuve envidia, de la buena, porque eso era lo que yo quería y no iba a tener. Empecé a doblar la servilleta en distintas formas para combatir el aburrimiento, pero me desesperé.

Salí al jardín del salón de fiestas, me senté en una jardinera, saqué mi celular y me encontré con el mensaje menos pensado, pero el más deseado: “Necesito hablar contigo”. Mateo extrañaba a su diario, un diario al que le arrancó todas las hojas sin dar explicación alguna. No quería responder y me juré no hacerlo, pero rompí mi promesa a los cinco segundos: “¿Qué pasa?”,

respondí. La réplica no tardó en llegar: “Voy a tu casa”. Me eché a reír al imaginarlo llegar y no encontrarme. “No estoy ahí :)”. “¿Dónde estás?”, no contesté y eso me dio el golpe de energía que necesitaba, entré bailoteando al salón. El resto de la fiesta me divertí mucho más. Mientras esperaba a mis papás, volví a tomar mi celular, nada. Ni una palabra.

Intenté que se molestara, pero conseguí ser yo la enojada y encima de todo había arruinado nuestra plática. ¿Qué necesitaba?, ¿por qué me buscó a mí?, ¿por qué no le dije dónde estaba? Era tarde para hacerme esas preguntas o decir “hubiera”. Era posible no pensar en Mateo y ya lo había demostrado aquella semana sin hablarle, pero ahora tenía un “no podemos seguir saliendo” de su propia voz.

Cada mañana revisaba mi teléfono, seguro la noche que escribió el mensaje estaba borracho; pero eran sólo ideas mías. Cuando no veía llamadas ni mensajes, prometía ya no revisar mi celular por aquel motivo. Dicen que necesitas 21 días para que algo se vuelva una costumbre, y yo pasé 30 esperándolo.

Una tarde estaba en la sala de mi casa viendo la televisión, si es que así se le llama a pasar los canales cada segundo. De reojo, vi a mamá sentarse a mi lado. Bajé los pies de la mesa del centro para evitar un regaño.

-¿Qué tienes? -preguntó sin quitarme la vista de encima.

-Nada -se giró para ver la televisión y yo dejé a un lado el control-. Creo que estoy enojada.

-¿Por qué?, ¿te hicieron algo? -ni siquiera me daba tiempo de responder a cada pregunta.

-No lo sé -me di cuenta que había dejado la televisión en un canal para niños, la voz chillona de los personajes me hizo apagar la televisión-. ¿Alguna vez has sentido un enojo que no puedes explicar?

-He pensado eso, pero siempre encuentro el motivo, empieza a pensar qué cosa podría suceder que te hiciera dejar de estar molesta.

-Mateo no me ha buscado, ¿te acuerdas de él? —evidentemente se acordaba, su cara me lo confirmó.

-Ya tiene mucho tiempo, ¿por qué sigues pensando en eso? No eran novios, ¿o sí? -esa pregunta incómoda y sin razón develó mi verdadero fastidio.

-Eso me molesta -suspiré-, nunca fuimos nada, cuando empecé a conocerlo creí que tendríamos una historia divertida y no tuvimos nada -me quejé.

-Hija, eso no dependía sólo de ti, eres muy chica y todavía puedes conocer a más personas...

-Sí -interrumpí-, pero la historia de mi primer amor es estúpida, no tiene nada de interesante -me subí gritoneando y pisando fuerte cada escalón hasta llegar a mi cuarto, azoté la puerta y me aventé a la cama.

No me consideraba alguien cursi, no quería una historia empalagosa, pero tampoco quería nada. Mateo y yo nos conocimos de una manera poco común, fue una coincidencia que pudiéramos vernos después de la supuesta extorsión. Nunca me dijo “te quiero” o “me gustas”, pero no fue necesario, me dio su confianza y era suficiente, ¿qué le pasó? o ¿qué me pasó a mí? Recapitulando, descubrí que él nunca demostró querer ser mi novio, ¿o sí?

Días después iba caminando hacia la puerta de la escuela. Bruno me botó mucho más temprano que de costumbre porque tenía examen. Pensé en contar 20 segundos antes de dar cada paso para hacer tiempo y a juzgar por mi velocidad, lo estaba haciendo, hasta que lo sentí. Con una mano me tapó los ojos y con la otra la boca. Me acercó a él y susurró:

-No entres a la escuela y te prometo una explicación.

-Llevo un mes esperando esto -me di la vuelta y lo enfrenté.

-¿A mí? -sonrió.

-No -Mentí.

-¿No entrar a la escuela? -interrumpió.

-Tampoco.

-¿Entonces?

-Una explicación -agachó la mirada y suspiró.

-Ven -me ofreció su mano y quise tomarla, pero mi orgullo no me dejó moverla.

Caminamos al parque de enfrente, donde lo vi por primera vez y tuvimos nuestra última plática normal. Sacó un cigarro, esta vez no le importó que yo estuviera ahí, lo prendió.

-¿Dónde estabas el día que te mandé el mensaje? -lo recordaba, valió la pena la espera con tal de escucharlo preguntar eso.

-En la fiesta de mi amiga -sonreí, él también.

-Pudiste haberme dicho, en las fiestas de 15 años siempre hay chambelanes que quieren coquetear con todas las invitadas y ellas siempre quieren bailar con ellos -se quejó.

-¿Qué necesitabas? -decidí ignorar su comentario que me ofendía, de cierto modo.

-Hablarle.

-Si te urgía tanto, ¿por qué me buscas hasta ahora?

-¿Has hablado con tu mamá?

-Todos los días, ¿por qué? -sonrió y dejó salir humo por la boca.

-De mí -aclaró.

-Sí, pero no entiendo -volvió a reír, pero parecía decepcionado.

-Mejor así -apagó su molesto cigarro-. Cumplí con el trato y le pregunté a mi papá sobre ti.

-Yo también a mi mamá y te conté lo que me dijo -repliqué.

-Sí, y sus respuestas fueron prácticamente iguales. Ella te contestó que yo era mayor y esto no iba a tener futuro. Él me dijo que me alejara de ti o ibas a meterme en problemas.

-¿Yo?, no lo haría -ese señor sólo me vio una vez y ya estaba achacándome crímenes que no cometí.

-Maya, ¡tienes 14 años! -gritó-, te metiste a un bar de incógnito, no entras a la escuela y mientes por mí, una vez casi enciendes un cigarro porque te lo dije y tu mamá no me quiere por todo eso.

-Ella no sabe –susurré.

-No, por eso estoy aquí -tomó mis manos-. Me gustabas, pero no tanto como para meterme en problemas por ti, ni siquiera en el más mínimo.

-Eso no es lindo -me quejé.

-Te quiero y no quiero -eso sí, pensé-, no aplaudo que mientas o te escapes, pero lo haces para escucharme o hablarme, ¿por qué?

-Te quiero, Mateo. Me enamoré como las niñas de mi edad, rápido y sin pensar -no dijo nada-. Es ridículo porque tú nunca me diste razones.

-Tú eres rara, niña -sonrió y me pellizcó el cachete-. Te extrañé.

-¿Vamos a seguir siendo amigos? -podía aceptar que así fuera.

-¿No quieres que seamos algo más? -no se me estaba declarando, en realidad él quería asegurarse de que nuestra amistad iba a ser desinteresada.

-No, sólo amigos, ¿trato? -le ofrecí la mano y la apretó con fuerza, fue uno de esos apretones que quedaron sellados, para siempre.

Faltaban dos semanas para mi fiesta de 15, estábamos ensayando el vals y uno de mis chambe-lanes no llegó. Empezamos sin él, pero no tardó en llamar al director del estudio de baile para avisar que una herida de fútbol le iba a impedir trabajar por un mes.

-Ni modo -dijo el coreógrafo y tomó el teléfono-. Voy a llamar a Daniel, él seguro se aprende los pasos antes de tu fiesta.

-Me da igual, mientras baile bien.

El tal Daniel, tenía 16 años y los ojos verdes. Cualquiera que bailara con él el vals, se sentiría al lado de un verdadero príncipe. Me reí de haber pensado tal tontería. Esas semanas me quedé una hora más para ensayar con él, Mateo esperó un día que quedamos de ir al cine. Parecía ajeno a la práctica, pero saliendo demostró lo contrario.

-Te dije que a las niñas de tu edad les gustan los chambelanes -me reprendió.

-A mi no me gustan -aclaré.

-¿Ah no? -estaba celoso, pero me dio pena burlarme-, tú a él sí.

-No es cierto -el chico apenas y se sabía mi nombre.

-Tú no sabes, yo sí porque soy hombre -me reí y le contagié la risa-, bueno ya, vámonos, tengo que llevarte a tu casa temprano.

-¿Por qué?

-Voy a salir en la noche -me enojé-, va a ir tu amiga.

-Pablo es su novio -le recordé. Esa relación se dio después de la fiesta de mi amiga, a él no le daba miedo salir con alguien menor.

-¿Por qué no vas tú? -me invitó-, voy a llevar el carro de mi papá, te regreso a tu casa.

-¿Mi hermano no va?

-No, ni Enrique. Vamos a ver a otros amigos -explicó.

-No me van a dejar salir contigo y menos de noche.

-Entonces di que vas con Regina y te veo ahí.

Regina me dijo que podía quedarme a dormir con ella. Sus papás no iban a estar y no se darían cuenta de la hora de nuestro regreso. Acepté y preparé una maleta con un vestido negro y tacones, quería verme bien y más grande. Mi amiga me maquilló y tardamos horas arreglándonos, yo estaba feliz de poder salir con Mateo a los lugares que tanto le gustaban. Pablo pasó por nosotras y nos llevó hacia el bar donde veríamos a mi cita. Estábamos por entrar cuando alguien tomó por sorpresa mi mano, no hace falta decir quién.

-Creí que me ibas a dejar plantado -le respondí con una sonrisa.

La noche no tomó el rumbo esperado, Mateo bailó conmigo hasta que los tacones me lo permitieron. Me senté y estuve sola en la mesa porque Pablo y Regina estaban en su mundo. Mateo socializaba con amigos y conocidos, se encontró con una de las señoritas “ropa atrevida” y ella fue su compañía el resto de la noche. Se reían, tomaban y fumaban, todo lo que yo no podía hacer.

-Cabrón -dije en voz alta, segura de que nadie me escuchaba por la música-, me trajo para darme celos, como él se puso celoso de Daniel.

-¿Quieres bailar? -dijo un muchacho sudado y de buen ver-, estás sola y muy bonita, mala combinación.

Volteé a ver a Mateo, estaba prácticamente pegado a su amiguita. Le di la mano a aquel extraño y no me importó estar rompiendo con las reglas de mi mamá. Mientras bailábamos yo no dejaba de ver al acompañante que me abandonó y me reía de pensar en lo furiosos que iban a estar él y mis papás de verme con un desconocido. Empecé a divertirme, pero me sentí mal por mi pareja de baile, seguro pensaba que mis sonrisas se debían a lo que me decía.

-¿Quieres tomar algo? -preguntó con el mismo tono de voz que se veía obligado a sostener para hacerse oír entre tanto ruido.

-No, gracias -grité, hizo un gesto de decepción y me jaló hasta la barra.

-Yo invito, pide lo que quieras -negué con la cabeza-, bueno esto te va a gustar -no escuché lo que ordenó, pero el *bar tender* le dio una copa alta, con un líquido rosado, se veía muy bonita.

-Lo siento, no tomo -repetí.

-Te va a gustar, dale un trago -me acercó la copa, apenas alcanzó a tocarme los labios cuando salió volando y me salpicó todo el líquido en la cara.

-¡No te le acerques! -gritó Mateo, quien acababa de darle un puñetazo al pobre muchacho, dejando que la bebida me cayera encima.

-¡Déjalo! -jalé a Mateo del brazo y me empujó hacia atrás, me hubiera caído de no ser porque Regina me detuvo.

Pablo y otros dos muchachos pararon la pelea. El chico que acaba de invitarme el trago parecía desconcertado cuando se alejó de nosotros. Llevaron a Mateo a la mesa, su compañera de baile pidió unos hielos y se los puso en la mejilla, aquel joven sí que se defendió.

-Ay, Mat -dijo ella-, te encanta pelearte por tonterías -me fulminó con la mirada.

-¿Por qué lo hiciste? -preguntó Regina-, ya sé que por Maya, pero ¿qué pasó? -de inmediato supe que mi amiga lo dijo para contrarrestar el comentario de la coqueta “enfermera”.

-¡Por Maya! -gritó él y alejó el brazo de la chica que le puso el hielo-. Vámonos -se levantó, agarró mi chamarra, mi bolsa y me ofreció la mano.

-Mateo -dijo Regina-, Maya va a dormir conmigo, Pablo paga y nos vamos para mi casa, llévala allá -le dio las llaves de su casa y él le dejó un par de billetes a su amiguita, quien le contestó con una mirada asesina.

Sin despedirse, me llevó hasta su carro. Abrió la puerta y me subí. Estaba asustada, no sabía qué decir. Manejó dos calles sin decir nada y luego empezó a reír.

-Ya ves como sí me ibas a traer problemas -se burló.

-¿Sabes dónde vive Regina? -pregunté.

-Sí, ¿qué estabas haciendo con ese tipo? -me regañó.

-Bailando.

-Tomando, diría yo -no contesté-. Eres menor de edad, a lo mejor él no lo sabía pero, ¿sabes qué?, fuiste su conquista y no se iba a conformar con un simple baile.

-Fue lo único que hicimos, bailar -me defendí.

-Hasta que estuvieras borracha y las cosas subieran de tono -aceleró.

-No iba a tomar lo que me dio, gracias a ti ahora estoy pegajosa y huelo a alcohol -me quejé.

Ya en casa de Regina, yo abrí la puerta aunque me sentí incómoda de hacerlo. Prendimos las luces y nos sentamos en su sala. Él estaba tocando su mejilla roja y decidí ir por hielo. Se lo di.

-Sostenlo tú, por tu culpa me pegaron -lo hice de mala gana-. ¡Ay niña! -suspiró y apretó el hielo contra su cara con fuerza- ¡Maya, no! -se quejó.

-Gracias por defenderme aunque nadie te lo pidió -no sabía qué decirle, me asustó y me hizo enojar, empezó a quedarse dormido en el sillón.

Verlo en calma me hizo sentir culpable de haber provocado un pleito que involucraba a un chico sin culpa alguna. “No”, me dije a mi misma. Mateo tuvo la culpa, la satisfacción de que se hubiera peleado por mi causa, había regresado.

-Maya -se levantó y me quitó el hielo de las manos para ponerlo en la mesa-, perdón.

-¿Por qué? -pregunté confundida.

-Porque nuestro primer beso te lo di borracho -no pude evitar sonreír.

-Pero nunca me has dado un beso.

-¿Ah no? -arrugó la frente, volteó a verme y por fin, me besó.

No fue de película, me agarró descuidada y estaba incómoda. No sabía cómo responderle, nunca había besado a nadie, me daba pena decirlo. Quería alejarlo, pero no. En fin, lo arruiné porque no pude concentrarme y pensé en todo menos en el momento. Terminó y ni siquiera lo disfruté.

-¿Estás borracho? -Acababa de besarme y yo sólo pude responderle con una pregunta tonta.

-Un poco, me duele la cabeza -contestó entre risas, seguro por lo idiota que yo parecía.

-¿Y así manejaste? -deseé que alguien me quitara la lengua, él siguió sonriendo.

-No te vuelvo a besar, haces muchas preguntas -se recargó en el respaldo del sillón y cerró los ojos.

Hice lo mismo, pero sin dejar de verlo. Quería que Regina llegara, para ayudarme a solucionar las cosas. Lo pegajoso que dejó la bebida en mis manos y mi ropa, me convenció de subir al cuarto de mi amiga a cambiarme y limpiarme. Me quedé en pijama y enjuagué mi vestido hasta quitarle el olor a alcohol. Revisé mi celular, tenía un mensaje de la dueña de la casa: “¿Ya llega-

ron? Nosotros nos quedamos en el bar y vamos a cenar. Te quiero”, puse los ojos en blanco, y respondí: “Mateo se durmió en tu sillón. Yo también ya me voy a acostar. No pienses mal, tonta.”

Busqué una manta para tapar al borracho del sillón. Apagué la luz de la sala y justo en ese momento, entraron los novios.

-¿Qué le pasó? -dijo Pablo al ver a su amigo tirado-, ¿manejó así?

-Sí, pero no se le notaba –respondí.

-Si no estaba tomado, entonces el golpe lo atontó, ¿seguirá vivo? -se burló Regina y ambos lo picotearon para despertarlo.

-¿Me lo llevo? -preguntó Pablo a su novia.

-No, mis papás regresan mañana en la noche, que se vaya temprano.

-Bueno súbanse a dormir ustedes –ordenó.

-No -se quejó Mateo-, que tu novia se duerma si quiere, pero Maya se queda conmigo, es su culpa que me sienta así -Regina y Pablo empezaron a burlarse y mis mejillas a ponerse rojas.

-No se va a mover de aquí, no te preocupes -respondió mi amiga.

-No sabe lo que dice -afirmé y lamentablemente, eso era lo más probable. Regina encogió los hombros, despedimos a su novio y subimos a dormir.

Eran las cuatro de la mañana y ella no tardó en dormirse. Al final no le conté del beso, seguramente Mateo no iba a recordar nada. Sentí que acababa de cerrar los ojos cuando escuché pasos en la escalera. ¡Los papás de Regina! Vi mi vida pasar, cuando los míos se enteraran me iban a encerrar en la torre más alta del castillo más lejano. Fingí dormir, quizá no lo habían visto y podría bajar a despertarlo para que se fuera antes de meternos en problemas. Escuché la puerta del cuarto abrirse y el papá de mi amiga se acercó lentamente a la cama, yo apreté los ojos para mantenerlos cerrados

-¿Estás dormida? -era Mateo, lo miré con odio.

-Pensé que eras el papá de Regina.

-¿Usas pijama de osos? -me tapé con las cobijas ante su comentario-, vamos a dar una vuelta, ya me siento mejor.

Me levanté de la cama. Le ordené que se saliera y me cambié intentando no despertar a mi amiga. Salimos con cuidado, sólo me llevé mi celular. Fuimos al parque de siempre, se veía tan tranquilo de madrugada. Mateo no me dijo nada en todo el camino, pero para mí era divertido. Me gustaba hacer cosas extrañas y sobre todo aquellas que eran prohibidas por alguna inexplicable razón. No le veía lo malo por ningún lado, pero mis papás pensarían lo peor, quizá se explica con el paso del tiempo o al tener hijos.

-Ya va a amanecer y no me acuerdo por qué te traje aquí -su comentario me hizo reír.

-Mi mamá se volvería loca si supiera que estoy aquí y no sé por qué.

-No por la hora, ni por el lugar -aseguró-, yo creo que porque estamos juntos.

-Bueno, pero nadie sabe que estamos aquí. Ni Regina -y ella sabe todo de mí, pensé.

Ese breve diálogo fue lo único que hablamos y aun así, fue de nuestras mejores citas. Nos subimos a su carro por el frío, yo me dormí. Cuando desperté estábamos aún en el auto, pero afuera de la casa de mi amiga. Sacudí a Mateo para despertarlo. Se fue y yo toqué el timbre. Regina salió tallándose los ojos.

-¡¿Qué haces aquí?! -preguntó sorprendida-, ¿no estabas junto a mí en mi cama? -me eché a reír.

-Salí a dejar a Mateo y se cerró la puerta -mentí con la esperanza de que la cita se mantuviera en secreto.

-¿A dónde fueron? -adivinó y me vi obligada a contarle lo sucedido esa madrugada.

Después de la noche que tuvimos, entendía menos a Mateo. Apenas y me hablaba, lo invité a mi fiesta, también a Pablo, Enrique y otros amigos de mi hermano. A todos, excepto al novio de mi amiga, les dimos dos pases de invitado por si querían llevar pareja. Bruno invitó a una muchacha

de su universidad, era guapa, aunque ella no usaba vestidos que a duras penas la cubrían. Por supuesto, yo esperaba que mi amigo fuese el único sin ocupar el lugar extra, mi mamá deseaba lo contrario.

-Llegó el gran día -dijo mi mamá, quien entró a despertarme junto a mi papá.

-Feliz cumpleaños, princesa -dijo él, extendió una caja rosa de un perfume. Pensé que no iban a regalarme nada, con la fiesta bastaba.

-Gracias -me colgué de su cuello en un abrazo.

-Vamos a desayunar, luego todo lo demás, ¿lista? -me dio un beso maternal en la mejilla.

-Sí -estaban a punto de salir de mi cuarto cuando los volví a llamar-. Oigan, quiero que este día sea como lo he imaginado, Mateo está incluido -mi papá miró a mamá, se comunicaron con ese vistazo.

-No te preocupes por nada, es tu día mi niña -dijo ella y me abrazó con fuerza, supe que todo iba a estar bien.

Mi mamá se veía muy elegante, papá estuvo sonriente todo el tiempo, fue el mejor anfitrión. Bruno, traía a su amiga suspirando por él. Yo me sentí como me decían mis papás, toda una princesa.

Estaba en una sala del salón esperando a que llegaran todos los invitados para entrar acompañada de mis chambelanes. Mi mamá iba a verme de vez en cuando, pero a las dos nos comían los nervios y no podía mantenerse quieta. Me vi obligada a mantener mi promesa de que nada opacaría mi día especial, cuando Regina entró con cara de susto.

-Tuve que correr y me torcí el tobillo -exhaló y se sentó a mi lado-. Amiga tenemos una emergencia pero, tranquila -la pobre intentaba recuperar el aliento-, tengo un plan.

-¿Qué pasó? -pregunté aun más ansiosa.

-El idiota de Mateo, tuvo una brillante idea -respiró profundo para darse valor-, pero yo tengo una mejor.

-¡Habla ya! -le grité como pocas veces en la vida.

-Pues trajo algo más que un regalo -sus pausas me sacaban de quicio-, viene con la tipeja del hielo.

-¿Quién? –eso era lo de menos, se atrevió a usar el otro pase y para una mujer.

-¡La del hielo!, ¡En el bar, Maya!

-¡Cállate!, te va a escuchar mi mamá.

-Cállate tú y pon atención -me dispuse a escuchar el plan de la mejor y más ocurrente amiga que he tenido-. Daniel, tu chambelán es más guapo que Mateo, aunque Mateo no es guapo.

-¡Ya! -interrumpí- No quiero discutir su *sex appeal* -me quejé.

-Ponlo celoso ¡como en el bar! -hizo una pausa- bueno, no, en el bar se pelearon.

-Deja de decir “bar”, mi mamá no sabe.

-¡Concéntrate, Maya!

-Bueno, está bien tu idea, pero le voy a decir a Daniel, para que tenga cuidado por si lo golpea.

-Lo voy a buscar para decirle. -Esos planes, por locos que sonaran, parecían tener la solución a cualquier adversidad.

Daniel aceptó, dijo que ese sería su regalo de cumpleaños para mí. Con el plan en marcha, fue más sencillo mantener mi sonrisa y ya prevenida, no me tomó por sorpresa verlo con la tipa del hielo. Entré al salón y bailé el vals buscándolo con la mirada. Las luces y la danza no me dejaron verlo bien, hasta el final. Daniel me acompañó a sentarme en la mesa de honor y besó mi mano cuando me dejó, estaba siguiendo el plan al pie de la letra. De inmediato voltéé a ver al susodicho, se veía muy diferente. Con ese traje negro, jamás hubiera imaginado que era el mismo. Todos se acercaron a darme los regalos, él llevó una cajita pequeña, colgada de su brazo venía su compañera.

-Felicidades, bonita -dijo él y me abrazó con fuerza-. Eres muy simpática, pero yo soy más gracioso -me susurró mientras me abrazaba y sonreí.

-¡Felicidades! -exclamó su amiga, separándonos-, ¿no me vas a presentar?, aunque ya nos conocimos en el... -Mateo le tapó la boca.

-¡Sí!, Maya, ella es Nidia. Nidia, Maya.

-Mucho gusto, nena -dijo ella-, te viste tan tierna bailando -la intención oculta, no estaba tan escondida.

-Vamos Nidia, déjala ver al resto de sus amigos -la tomó de la cintura y se dirigió a su mesa, no sin antes voltear y guiñarme el ojo. Ahí entendí las palabras que me dijo en secreto.

A la hora del baile, Daniel fue a buscarme. Me guió para bailar salsa y torpemente le seguí. Creí que para ese momento Mateo ya estaría bailando con su compañera para hacerme la competencia. Pero no, lo vi en la mesa, abrazándola y cantándole al oído, ella reía a carcajadas y yo me deshacía de los celos.

-No me has dicho, ¿a quién intentamos hacer enojar? -preguntó Daniel.

-Al de la corbata dorada -lo señalé.

-No está funcionando, ¿verdad? -supongo que lo dijo al verlo romanceando con Nidia.

-Sólo vamos a divertirnos, ¿sí? -renuncié al plan-. Voy al baño -de camino pasé por donde Mateo y le susurré- Me rindo -lo tomé por sorpresa porque brincó en su asiento.

Bailé con mis amigas y compañeros de la escuela hasta que al grupo se le ocurrió tocar bachata y Regina jaló a Pablo hacia la pista, todas las parejitas la siguieron. Daniel se quedó conmigo.

-Este ritmo me parece muy interesante, pero puede ser un poco incómodo para ti, ¿o quieres bailar? -se refería a los movimientos de cadera en el cuarto tiempo y la distancia que usualmente se mantiene entre quienes lo bailan.

-Hola -dijo Mateo-. Perdón, pero ya me debes un baile -me tomó la mano, se la quité y la volvió a agarrar.

-Saca a bailar a Nidia -me quejé.

-Sácala tú -respondió-, ¿o te niegas porque quieres bailar con tu chambelán de ojitos verdes?- no le contesté-, ¿sabes bailar esto?

-Sí -me tomó de la cintura, esperamos el primer tiempo y empezamos a bailar.

-Te dije que yo sabía jugar mejor que tú -arrugué la frente.

-Yo no estaba jugando a nada, me rendí porque no pude descifrar el juego -mentí y se rió.

-Intentaste ponerme celoso con tu amigo, ¿no? -negué y puse cara de confusión-. Pues yo sí lo intenté con Nidia, ¿me perdonas?

-No tengo nada que perdonarte -me dio la señal que hacen los hombres para girar a la mujer en el baile y así lo hice.

-Me gusta bailar contigo –sonreí.

-Te gusta porque tú mandas, así es el baile.

-Me gusta porque yo mando y te mando a ti -sólo por ese momento, todo el intento de darle celos valió la pena.

-Tendría que estar enojada, estuviste muy encimado con tu amiguita -no podía quedarme sin reclamarle.

-Y la iba a besar -empezó a reír como si su cinismo tuviera que causarme gracia a mí también, pero eso sí me dolió.

-¿En serio? Mateo, juegas muy pesado -dejamos de bailar y me alejé de él.

-¡Maya! -me alcanzó y me tomó del brazo-. No lo hice, ¿por qué te enojas?

-Ibas a hacerlo, eso me hubiera lastimado y a ella también cuando supiera que sólo la besaste para hacerme enojar -intenté recordar mi promesa de no dejar que nada arruinara mi noche.

-¿Te enojas porque no lo hice?, ¡lo hubiera hecho, entonces! –gritoneó.

-Pues hazlo, le reté -corrió donde Nidia y se la llevó al jardín.

Salí detrás de ellos con la esperanza de impedirlo. Daniel me preguntó si estaba todo bien, Regina lo mismo. Los dos me acompañaron al jardín, llegamos tarde para lo que quería, pero a tiempo para el espectáculo. Se estaban besando.

-¿Por qué? -dijo mi mejor amiga, como si se hubiera quedado sin palabras por primera vez.

-No lo sé –suspiré-. Idiota.

Entramos al salón, noté que mi mamá me buscaba con la mirada. Iba a acercarse a mí, pero mi papá la detuvo. Bruno y Pablo miraban hacia nosotros y luego para el jardín intentando entender qué pasaba. Nada, acaban de romperme el corazón. Me senté un momento, Regina me abrazó y le pedí que me dejara sola. Daniel se quedó conmigo en la mesa.

-¿Es tu novio? -preguntó con inocencia.

-No.

-Pues creo que si no está interesado en ti, es su problema, ¿no? -aconsejó.

-Tiene muchos problemas, yo no soy el más grande -me levanté-. Vamos a seguir bailando, es mi fiesta y dije que nada la iba a echar a perder -oculté mi tristeza en sonrisas, ya había aprendido a mentir y me las creí.

Nidia y Mateo tardaron en volver a entrar. Para cuando eso pasó ya se me había pasado el mal sabor de boca. Los ignoré, era difícil porque él no me quitaba la vista de encima y me obligaba a voltear de vez en cuando. No entendía sus juegos, sus falsas señales. Era un chico muy confundido, ni él se entendía. Sus actos lo demostraban y lo que me contaba era prueba de su enredo mental.

-Finge que no le importa nada, pero le importa todo -le contaba a mi mamá esa noche cuando nos preparábamos para dormir-, me trata como una niña, pero el niño es él.

-Alguna vez pasé algo parecido -me sorprendió que estuviera por contarme alguna historia y a punto de admitir que me entendía-, yo ya era mayor que tú y fue una relación con problemas más grandes.

-¿Y cómo lo resolviste?

-Hija, si eso hubiera tenido solución, quizá esa persona sería tu papá -reí-, debo decirte que esa historia terminó mal, salí muy herida y todo por capricho.

-Pero yo no creo que Mateo sea un capricho, mamá. Me interesa mucho aunque sea problemático.

-No, pequeña. Ustedes son dos personas diferentes y sé que lo quieres así como es.

-Sí, pero la pregunta es si él me quiere -agachó la mirada-. Con todo lo que te he contado y lo que viste hoy, ¿qué piensas?

-Pregúntale -me dio un beso en la frente y salió del cuarto.

Intenté dormir, pero quería llevar a cabo el consejo de mamá y de paso decirle que ya no estaba enojada con él. Di varias vueltas en la cama y en una de ellas vi la pila de regalos recién llegados. La cajita dorada estaba en mi tocador, al lado del obsequio de papá. Deshice el moño verde, y levanté la tapa. Era un dije de corazón color dorado, fue un detalle muy lindo, tanto que no parecía algo de Mateo, traía una carta y sentí que se me salía el corazón mientras la leía.

“En mi cumpleaños me escribiste una carta muy tierna. Quise corresponderte con algo igual, pero no sé cómo lo hiciste. Cuando vi este dije pensé lo mismo que cuando te conocí y lo compré para ti. ¡Felicidades!

Mateo.”

Pudo haber hecho cualquier cosa ese día y lo hubiera perdonado con sólo leer su nota. Tome mi celular y le escribí: “Gracias por el regalo”. Esperé su respuesta pero no llegó, en cambio aparecieron unas piedritas golpeando la ventana de mi cuarto. Primero pensé que era mi imaginación, luego tuve miedo de que se tratara de algún animal y decidí armarme de valor para asomarme.

-No sabes qué alivio siento de verte asomada por esa ventana -gritó Mateo desde la calle.

-¿Qué haces aquí?, ¿cómo supiste que esta es mi ventana?

-No sabía, por eso siento alivio de verte, ¿bajas? -cerré de nuevo la ventana y me puse pantuflas.

Bajé con cuidado de que nadie se despertara, pero Bruno estaba en la cocina.

-¿A dónde vas? -no respondí-, ¿Mateo?

-Sí.

-Si te tardas demasiado, despierto a mis papás y llamo a la policía -advirtió.

-¿Cuánto es demasiado?

-Es enserio -subió a su cuarto.

Giré la llave de la puerta despacio, pero sonó como un estruendo. Abrí poco a poco y una vez afuera, cerré con calma.

-Bruno me dijo que va a llamar a la policía si me tardo en volver a entrar —comenté.

-Perdóname, es lo único que quiero decirte.

-Ya lo hice, pero necesito que me expliques por qué lo hiciste.

-Pues me retaste -justificó.

-Esa no es una razón, te comportas como un niño -le regañé-. Me cuentas todo, menos lo que deberías decirme.

-No hay nada que no te diga.

-¿Me quieres? -me animé a preguntarle.

-Mucho, ya te lo había dicho.

-Sí, pero ¿cómo?, ¿cómo hermana?, ¿cómo amiga?

-Diferente, raro, así te quiero.

-Tú eres mi primer amor, lo sabes, me enamoré de ti, ¿y tú?

-No -agaché la mirada-, tú no eres mi primer amor, pero supongo que siento lo mismo.

-¿Supones? -sé que el momento era difícil para él, pero si no era clara nunca iba a descifrar sus códigos extraños.

-No sé lo que tú sientes, pero yo quiero preguntarte cosas a cambio de contarte secretos, por mucho tiempo.

-Si me quieres, ¿por qué me confundes? -me abrazó.

-Estoy más confundido que tú, ni siquiera sabía si me gustabas -aceptó-. Ya entra, no quiero tener líos con la policía.

-Gracias por el regalo -le guiñé un ojo y entre a casa con calma.

Me quería, ahora no sólo lo sentía, con sus palabras eso quiso decir. Después de todo, mi noche había salido bien.

El lunes todas mis amigas hicieron un círculo comandado por Regina para que les contara lo sucedido, todos notaron el drama de la fiesta. Intenté no hablar de si Mateo sentía algo por mí o no, temía que alguien lo interpretara diferente y me hiciera sentir mal.

Él desapareció después de que lo vi afuera de mi casa, sólo nos escribíamos por mensaje. En uno de los últimos le pregunté: “¿Ya no te acuerdas de mí?” y él contestó: “¿Quién eres? Mentira, no me podría olvidar de alguien que se llama Maya ¿de dónde lo sacaron tus papás?” Platicamos mucho, pero yo quería verlo.

Mis papás cumplían 20 años de casados y se fueron, como cada año, de viaje. Bruno se quedó a cargo. Grave error. El jueves llegó tarde por mí a la escuela y me llevó a comer tacos en un puesto de la calle, mi plato estaba lleno de tierra y polvo. El viernes intentó hacer huevos revueltos para desayunar y los quemó, luego puso el sartén caliente sobre una bolsa de plástico que se derritió y terminó pegada en la mesa. Para rematar el sábado en la noche, se disponía a abandonarme.

-¿A dónde vamos? —le pregunté al verlo bañado y bien vestido.

-Voy -hizo énfasis en la primera persona del singular- a una fiesta organizada por Enrique. Todos los de la banda rentaron una casa con alberca y puede que ahí me quede a dormir, te duermes temprano.

-Te acompaño.

-Claro que no —me jaló hasta mi recámara.

-Bueno, le voy a avisar a mamá -busqué mi celular y me lo arrebató-. Bruno, si muero, deben saber que no había nadie más en casa.

-Maya, no puedes venir, voy a tener que cuidarte.

-No voy a hacer nada, Regina va a ir -bajó a la sala y lo seguí-, ¿sí me llevas?

-No creo que ella vaya.

-Es mi mejor amiga, me cuenta todo y dijo que hoy iría.

-Hermanita, voy porque quiero salir con Vanessa. O te cuido o estoy con ella -bastante convincente, pero yo tenía otros planes y no incluían que mi hermano mayor no se separara de mí.

-Es una casa, con amigos no me va a pasar nada, ¿sí? -arrugó la frente y se quedó callado como un minuto.

-En cuanto lleguemos, le voy a decir a Enrique que te diga en dónde puedes dormirte si te da sueño, no le digas nada a mis papás y tampoco me sigas a todos lados, ¿estamos?

-Estamos.

Subí corriendo a cambiarme y me cepillé el cabello. Apagamos las luces, cerramos la casa y nos subimos al carro

-Bruno, ¿y si te pones borracho como la última vez? -puso los ojos en blanco.

-Maya, cállate o te juro que no vamos.

La casa era enorme, fue la fiesta del primer aniversario de la banda y la armaron en grande. Tenía alberca, todos se aventaban con la ropa puesta, los hombres se quitaban las playeras y había chicas en bikini. Enrique me dijo que en la parte de arriba nadie tenía permiso de subir, los organizadores eran los únicos con autorización para dormir ahí.

-Los que se pongan borrachos, se quedan en la sala o en la parte de la alberca, en ese estado a nadie le importa dónde termine -me explicó mientras me guiaba por el segundo piso-. Tu hermano es muy buen amigo nuestro y le reservamos una habitación, es esta -literal, estaba al fondo a la derecha- Entonces aquí subes si te da sueño, ¿va?

-Gracias, Quique. Oye ¿y Mateo?

-¿Mateo? -recordó mi vínculo con su colega- ¡Ah! Me dijo que no iba a venir.

Me decepcioné y él pudo darse cuenta. Busqué a Regina, pero no la encontré. A Bruno lo vi con su novia o lo que fuera, pero no quería interrumpirlo. Unos chicos que gritaban “fondo, fondo” y se bebían todo en tiempo récord, parecían el alma de la fiesta.

-Hola -me dijo uno-, ¿tú quién eres?

-Es hermana de Bruno -dijo Enrique.

-Ven hermana de Bruno, convive con nosotros -me unió a su círculo.

-No puedo, estoy buscando a mi amiga –justifiqué.

-Toma, nena -una muchacha en *short* y blusa sugerente me dio un vaso con ¿jugo de uva?

-¿Qué es? -lo olí, no era jugo.

-No preguntes, pruébalo -me animó el muchacho que me invitó.

-Es menor de edad -Quique intentó defenderme.

-Aguas locas, muñequita -dijo la misma joven que me facilitó la bebida- Tómame una.

-Maya, no -el amigo de mi hermano empezaba a preocuparse por mí-. Oigan, Bruno se va a poner como loco.

-Bruno está ocupado, mírenlo -dijo uno de ellos, todos lo miramos y sí, creo que no le importaba nada más que comerse a su amiga.

-Quiero probar -dije a Enrique, me miró y levantó el dedo índice.

-Sólo una.

Le di un trago a mi vaso y el delicioso sabor a uva se desvaneció con un extraño ardor en la garganta, me gustó. Después de mi primer vaso, la muchacha de la ropa ligera, Elena se llamaba, me sirvió una más.

-Maya, ya no -Quique me quitó el vaso.

-Maya, yo soy Ricardo, mucho gusto -se presentó el amigo que me invitó-. Déjala tomar Quiquín, no le va a pasar nada, es hermana de Ramírez y a él se le respeta.

Después de cuatro vasos me sentía imparable. Hice buena amistad con Elena y Ricky, todo era risas y por un momento me sentí el centro de atención de la fiesta. Regina por fin apareció.

-¿Maya? —me jaló.

-¡Amiga! —la saludé.

-Vamos a nadar, ¿sí?

-No puedo, estoy con unos amigos, ¿quieres venir?

-¿Estás tomando? —empezó a reírse-, ¡Bruno se va a morir!, deja eso y vamos a nadar.

-Ven, le voy a decir a mis amigos que te den un vaso.

-Oh, no, ¡Pablo!

-¡Regina! —me quejé- cuando dejes de gritar, me buscas.

Me separé de mi mejor amiga, nunca lo hubiera hecho, pero me sentía extraña. Cuando Enrique me dijo que Mateo no iba a estar, pensé en aburrirme toda la noche, me equivoqué. Estaba bailando conmigo misma, sosteniendo mi quinto vaso de aquel jugo de uva tan especial, hasta que un aguafiestas me lo quitó de las manos, el chico que había estado esperando.

-¿No que no ibas a venir? -le dije.

-¿No que no tomabas? -respondió- ven.

Me llevó al segundo piso, las escaleras se movían y se hicieron eternas, me caí golpeándome la rodilla. Con mucho esfuerzo, me levantó y me cargó. Llegamos a la habitación que Quique me enseñó, mi hermano no estaba ahí y lo agradecí.

-Aquí te vas a quedar hasta que se te baje, me mandas un mensaje cuando ya estés mejor.

-No tengo nada, sólo me duele la rodilla -expliqué, se acercó a mí y me agarró de la cara, me miró a los ojos, creí que iba a besarme.

-No, tus pupilas están dilatadas, párate en un pie -me ordenó, pero ni siquiera intenté hacerlo, todo el cuarto temblaba-. Me escribes, duérmete si quieres.

-Oye Mateo -lo llamé antes de que saliera del cuarto-, lamento que nuestro segundo beso te lo haya dado borracha -me lancé y lo besé, otra vez fue un mal beso porque no recuerdo mucho, sólo que me alejó de él y se salió del cuarto.

Entré al baño unas cinco veces. Me lavé la cara y me volví a maquillar un poco. La cabeza me retumbaba pero el cuarto había dejado de moverse. Saqué mi celular e hice lo que Mateo me ordenó. Tardó en subir y me recosté para esperararlo, al escuchar sus pasos me senté en la cama.

-Ya te ves más tú -se echó a reír-. ¿Cómo te sientes?

-El mundo dejó de temblar, pero mi rodilla está hinchada.

-Te dieron aguas locas, agua con polvo de sabor y tequila corriente -explicó- y no encontré a tu hermano.

-¿No que no ibas a venir? -recordé la pregunta.

-No iba a venir, hasta que Regina me habló para que viniera a cuidar a una niñita. Cuando llegó ya estabas enfiestada y no le hiciste caso, eso es preocupante. -¡Qué vergüenza!, el lunes iba a matarla enfrente de toda la escuela.

-Ya me siento bien, no pasó nada -me justifiqué.

-Aquí no te va a pasar nada malo porque todos respetan a tu hermano, pero en tu primera borrachera necesitas quien te cuide.

-Ya no estoy borracha, estoy mareada -corrí al baño y él fue atrás de mí, me puse de rodillas frente al escusado y levanté la tapa.

-Tranquila -me recogió el cabello como haciendo una coleta.

-Vete -fue lo último que dije antes de dejar caer todo el alcohol, la comida, el desayuno, la botana de la fiesta y mi dignidad en la taza del baño-. Te dije que te fueras.

-¿Ya? -se estiró y alcanzó un pedazo de papel- toma.

-Perdón -me levanté, él tiro de la cadena.

-Voy a conseguirte agua y un chicle -salió del cuarto y yo me enjuagué la boca con agua de la llave, pero el mal sabor era impresionante, no tardó en volver-. Toma -me dio un vaso con agua mineral.

-Tengo muy mal sabor de boca -apretó los labios para no reírse.

-Elena te manda esta paleta de caramelo, chúpala hasta que se te quite el mal sabor y con el agua, luego te doy el chicle.

-Me muero de pena, mi mamá dice que eso se ve de lo peor en una mujer.

-Y tiene razón, pero ya lo hiciste y apuesto que te sientes mejor.

-No, apenas puedo mirarte a los ojos.

-Maya, he visto cosas peores, prefiero que haya sido conmigo y no sola. Hubieras terminado con el cabello embarrado, con alguien a quien no conoces o a media fiesta -reímos juntos de la escenita.

Nos acostamos en la cama, me abrazó y empezó a jugar con mi cabello. Ser el centro de su atención era mejor que ser el alma de la fiesta.

-A cambio de secretos míos, tú me cuentas algo -dijo-, ahora no me lo contaste porque yo estaba contigo, pero supongo que te debo un secreto.

-Y uno grande -respondí.

-Estoy enamorado de ti.

-¿En serio? -me levanté tan de prisa que la cabeza volvió a retumbarme.

-En serio, en broma, en el día, en mi casa, en todos lados -lo dijo con una voz apenas audible-. Creo que ahora me quedaste a deber tú -se levantó con intenciones de irse.

Lo alcancé en la puerta y le di un beso, ese debió haber sido el primero. Tuvo más emoción y se sintió más cálido. Creo que él notó lo mismo, nos miramos a los ojos y me colgué de su cuello para tocar sus labios con los míos de nuevo. Con la mano derecha alcancé el interruptor y apagué la luz. Entre el besuqueo, le quité la playera negra que llevaba y lo hice tímidamente. A cambio, él desabrochó los botones de mi blusa con gran destreza y la lanzó lejos de la cama, es evidente lo

que hubiera sucedido de no ser por el sonido de un cristal rompiéndose. Mateo se separó de mí, corrió a encender la luz y levantó su playera. Me dio mi blusa, un beso en la frente y me regaló una sonrisa.

-Quédate aquí voy a ver qué pasó —obedecí.

Se escuchaban gritos de mujeres y hombres, en su mayoría malas palabras. Parecía que estaban aventando cosas. Me asusté y rompí mi palabra. Me puse la blusa y bajé a ver, todos estaban en el patio. Mi hermano tenía a su novia en una esquina y la protegía para que no le cayera ninguno de los objetos. Mateo intentaba separar a unos de los chicos que se peleaban, sin querer le tocó un puñetazo en la nariz y terminó tirado. Corrí a su lado, metiéndome entre la gente.

-¡Te dije que no bajaras! -gritó y me empujó-, ¡súbete!

Estaba furioso, yo me separé y me disponía a obedecerlo, pero me tocó que un vaso con hielos me golpeará la cabeza, caí de rodillas ante el impacto.

Bruno y Mateo se le fueron encima a mi agresor. Unas manos extrañas me jalaban para ponerme de pie y me llevaron adentro de la casa. Era Elena ayudada por Enrique y Vanessa, la novia de mi hermano. En seguida Regina y Pablo se les unieron, me quedé con ellas y los chicos salieron a mediar las cosas entre mis defensores y el lanzador.

-Te va a quedar un moretón tremendo -dijo Elena, mientras revisaba la herida que se encontraba casi en mi frente.

-Y al menos ese idiota no le abrió la cabeza -se quejó Vanessa.

Escuchamos sirenas arribando al lugar. Las cosas se calmaron. Alcancé a ver por el ventanal a Enrique acercándose a una multitud. Pablo entró apurado.

-Vane —llamó a una de mis niñeras le dijo un par de cosas que no escuché.

-No dejen que se duerma —sugirió Pablo al verme cabecear, Elena me ayudó a levantar la cabeza.

-¡Hey!, amiga no te duermas hasta que te revisen —pidió Regina. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero no tenía por qué preocuparse, yo sólo estaba un poco mareada.

Cuando abrí los ojos, estaba en un cuarto blanco, con mi hermano a un lado.

-¡Doctor, ya despertó! –gritó Bruno y el médico apareció para revisarme.

-Va a estar bien, parece que sólo fue un desmayo, pero el hielo pudo abrirle la cabeza. La vamos a tener en observación –informó.

-¿Me desmayé? –estaba confundida.

-Sí, me asusté, llamé a mamá y papá –explicó.

-Van a matarnos –lamenté-, ¿qué te pasó? –mi hermano tenía el ojo morado y una venda en la mano.

-No te preocupes por eso, descansa hermana –acarició mi frente.

Poco después de dos horas, mis papás aparecieron en aquel cuarto. Mi mamá estaba en pijama y con un abrigo, me imaginé que salió corriendo del hotel sin pensar en nada.

-¿Estás bien, mi amor? –me preguntó, asentí-. Bruno, ¿por qué no estaban en la casa?, ¿en qué estabas pensando?

-Mamá, lo siento –se disculpó el agredido.

-¡Lo sientes! –gritó ella-, ¡mira el golpe que tiene tu hermana!, ¡mira tu mano!

-Adela, intenta tranquilizarte –pidió mi papá.

-¿Que me calme? –de nuevo miró a mi hermano-, ¿y si la cuchillada te hubiera tocado a ti?

-¿Cuchillada? –pregunté, por lo visto me había perdido de mucho. Bruno se sentó en un sofá y agachó la cabeza.

-Maya no sabía, mamá –suspiró mi hermano.

-¿Qué?, explíquenme –pedí.

Mi mamá miró a mi papá y él a Bruno. Ninguno respondió a mi pregunta y lo adiviné.

-¿Y Mateo? –pregunté- Bruno, ¿dónde está Mateo?

-Lo lastimaron.

Por fin mi hermano confirmó mis sospechas. Cuando los dos se metieron a defenderme, el amigo de mi agresor intercedió por él y sacó una navaja. Se la enterró a Mateo, dos veces y Bruno se la arrebató con la mano para detenerlo, por eso su vendaje.

-Quiero verlo –nadie atendió mi petición-, ¡mamá!

-No, Maya –me levanté de la camilla y ella me atrapó entre sus brazos.

-¡Suéltame! –papá la ayudó a detenerme.

-¡Cálmate! –me gritó mamá-, casi me muero cuando supe que estaban aquí ustedes dos. Necesito que te calmes porque yo estoy aterrada.

-¿Mateo está aquí?

-Sí –respondió mi hermano.

-¡Bruno! –lo regañó mi mamá.

-Mamá, acompáñame a verlo, por favor.

Mi madre accedió y a regañadientes me guió hacia donde él se encontraba. Vi a los papás de Mateo en la sala de espera. Mauro me mató con la mirada, se alejó de su mujer para hacerme frente.

-¿Qué quieres? –preguntó en tono agresivo.

-¿Cómo está Mateo?

-Por tu culpa, casi muerto –su respuesta me quitó el aire.

-No le hables así, Mauro –intercedió mamá.

-Yo le dije a Mateo que tu hija le iba a traer problemas.

-Es una niña, no fue su culpa.

-Adela, no quiero ver a tu hija cerca de mi familia, llévatela.

Ella hizo caso, me jaló a su lado y nos alejamos de los gritos de aquel señor. Yo no entendía nada, el golpe me mareó y el alcohol que ingerí no ayudó. Seguro a Bruno le iba a quedar una cicatriz, pero nada de eso parecía importarle. Estaba distante conmigo e igual de molesto que mis papás y los de Mateo. Todo fue mi culpa por curiosa e imprudente.

Pasaron los días y todo lo que supe de Mateo era por medio de un teléfono descompuesto. Pablo le contaba a Regina, y ella a mí. Las puñaladas tardaron en sanarle, también le rompieron la nariz con el puñetazo.

Bruno estaba castigado, le quitaron el coche y tenía prohibido salir. Yo sólo iba de la casa a la escuela y de la escuela a la casa. Regina no hablaba de Mateo a menos que yo se lo preguntara.

-Hice mal en no negarte permisos para salir de noche con tu hermano -se lamentaba mi mamá cada que lo recordaba.

Yo necesitaba que Mateo me perdonara.

-Si su papá me dejara verlo sólo una vez, le prometería alejarme para siempre –susurré.

Mamá sólo me miraba con tristeza y, al igual que mi mejor amiga, no se molestaba en seguir hablando del asunto.

-Maya –me saludó Regina un día de escuela-, ¿estás bien?

Tenía la cabeza tumbada en el escritorio de mi pupitre, levanté la vista y no le respondí.

-Tengo algo que contarte –dijo-, ¿quieres saber o no?

-Sí, pero apúrate, la maestra de español ya casi llega.

-Es sobre... -aventó su mochila al suelo y se sentó en su banca- Mateo.

-¿Qué pasó? –ese nombre fue más que suficiente para captar mi atención.

-Ya se dio de baja en la universidad, llevaba muchas faltas a clases y se perdió casi dos meses después de lo de la... -no pudo terminar.

-¿Ya no va a seguir estudiando?, ¿por mi culpa?

-No, si no daba de baja el semestre, de todos modos lo iba a reprobar –se quedó callada, como pensando.

-¿Es todo? –la animé a continuar.

-Parece que Pablo va a ir a verlo un día de estos, pienso colarme.

-¡Dile que necesito que me perdone!

-¿Crees que me metería a la casa de ese señor metiche y grosero por gusto?, lo hago por ti, tonta.

-Gracias.

-¿Gracias?, en el receso me vas a comprar unas papas.

Un par de semanas después estaba viendo una película de amor que me pareció bastante mala, apagué la televisión y lancé el control remoto. Empezaba a aburrirme y decidí escribirle a Regina para platicar un rato. “¿No quieres salir a dar una vuelta?”, respondió. No tenía ganas de salir, me ahorré la respuesta.

-¡Maya! –gritó mi mamá desde la planta baja-, ¡te habla Regina!

-¡Voy! –me levanté de la cama y bajé arrastrando los pies -, ¿bueno?

-Tengo una idea, vamos al parque –propuso mi mejor amiga.

-Sí quisiera, pero estoy ayudando a mi mamá con la comida –mentí.

-En primera, tu mamá no cocina. En segunda, escuché cuando te gritó o sea, no estaban juntas, además nunca ayudas en nada. Y me acabas de escribir un mensaje, diciendo que estabas aburrida.

-Sí, pero ya no.

-Miéntele a todos menos a mí, yo no te creo –me quedé callada-. Me mentiste, Maya, ahora sal conmigo y sana mi corazón destrozado.

-Está bien –chantajista y manipuladora, ¡vaya amiga que escogí!

Me puse tenis y salí de mi casa. Me pareció buena idea llevarme mi bicicleta, di dos vueltas al parque y Regina no llegaba. Me mandó un mensaje que decía: “De nada ;)”. Su broma, de muy mal gusto, me animó a regresar a mi casa. Un hombre me abrazó y apenas pude verle la cara.

-¿Cómo estás? –su aroma reveló su identidad.

-¡Mateo! –le devolví el abrazo y sentí ganas de llorar-, ¿qué haces aquí?

-Parece que te tomé por sorpresa.

-Regina –concluí.

-Bueno el punto es que por fin pude encontrarme contigo, ¿cómo estás?

-Bien, pero tú, ¿la herida? –lo miré de arriba a abajo.

-Ya pasó, sólo fue un susto –lo abracé de nuevo.

-Perdóname, no debí haber bajado.

-No estoy enojado contigo, al contrario, me asustaba no saber nada de ti.

-Tu papá, no me dejó verte. Me corrió de la sala de espera cuando fui a ver cómo estabas.

-Maya lo que pasó asustó mucho a mi familia, piensan que es tu culpa.

-Eso me dijo tu papá.

-Sí, supongo que tus papás tampoco quieren que me acerque a ti, por eso no lo he hecho –confesó.

-Se enojaron conmigo, tengo prohibidas las fiestas hasta que cumpla 30 años –nos reímos.

-En mi casa también me tienen como si tuviera cinco años, pero yo vine a despedirme. Me voy con mi tío a Estados Unidos.

-¿En serio?, ¿para qué?

-Para trabajar, quizá después retome la carrera, no sé. Mi papá quiere que estudie, por primera vez me apoya.

-¿Tomaste tú la decisión? —me animé a retarlo-, ¿o tu papá?

-Yo lo decidí, me fui en el verano y quiero hacerlo de nuevo.

Agaché la mirada, sabía que el asunto fue muy grave. Entendía el sentir de sus papás, pero se les iba a pasar el actuar sobreprotectores, no era razón de peso para que Mateo quisiera irse.

-No te vayas —pedí.

-No va a ser mucho tiempo. Además no tengo nada qué hacer aquí.

-Me tienes a mí —le recordé.

-Cuando regrese te voy a buscar, si eso quieres.

-Si no es mucho tiempo, me voy contigo -se rió, pero no lo tomé como burla-. Es enserio, no quiero que te vayas solo.

-Todavía tienes que terminar la secundaria, la preparatoria, una carrera -eso me importaba poco en aquel momento, ya había perdido la cabeza como juré nunca hacerlo.

-No te preocupes por eso, vámonos.

-Tienes una vida aquí, tu familia, la escuela, Regina. No es el fin del mundo Maya, yo voy a regresar y nos podemos hablar por teléfono, no sé, hay mil maneras.

-Yo puedo irme ahorita, no tengo problema —aseguré.

-No insistas. Si no te olvidas de la idea, ésta va a ser la última vez que nos veamos.

-No quiero dejar de verte.

-Ni yo a ti, pero ahorita mi vida está tomando un rumbo que no me permite compartir todo contigo. Cuando regrese, te voy a buscar.

-¿Cuándo? —insistí.

-No lo sé, no creo que sea tanto tiempo.

-¿un año?, ¿cinco?, ¿ocho? —deseaba tener un plan, como los de Regina. Con tiempo, hora, todo establecido.

-¡No sé!, ocho años es mucho, tampoco exageres.

-Entonces promete que vas a regresar antes de que yo cumpla 23 años –lloriqueé.

-Te lo prometo.

Esa promesa fue todo lo que tenía. La otra opción era dejar de verlo para siempre, irme con él estaba descartado. Acepté y nos quedamos un par de minutos en silencio.

-Me tengo que ir, este fin de semana viajo, te mando un mensaje antes de subirme al avión y luego seguiremos en contacto por *internet* –informó.

-Te quiero –le dije. Me dio un beso rápido.

Lo vi irse deprisa, no me moví hasta que su figura se perdió en las calles. No volvió a buscarme, pero cumplió con su palabra de escribirme antes de adorar: “Te amo”, decía su texto.

Me vi obligada a aferrarme a su juramento, aunque lo conocía y sabía que se le iba a olvidar. Si regresaba, no me buscaría. No le conté a nadie, conforme pasaban los años se me hacía vergonzoso y estúpido haberle hecho prometer tal cosa. Poco a poco fui entendiendo que Mateo no lo hizo por lastimarme, fue romántico creerlo, pero en la vida real la gente crece, cambia.

Bruno no tardó en hablarme, no estaba enojado conmigo, se sentía culpable por no haberme cuidado. Mis papás le regresaron sus permisos, pero a mí trataban de no quitarme la vista de encima. Hasta que cumplí 18 años, volví a ir de fiesta con mi hermano mayor y sus amigos, aún a esa edad Regina seguía arrastrándome en sus planes y volvió a poner los ojos sobre Bruno cuando terminó con Pablo.

Me gustaba ir a un estudio de baile a practicar bachata y salsa. Fui con el grupo de danza a República Dominicana poco antes de empezar la universidad. Decidí estudiar arquitectura, pero esperaba poder dedicarme a bailar siempre. Aunque me empecé en que la escuela fuera mi único interés, debo admitir que tuve un par de novios, no pensaba en Mateo. No hasta que la relación terminaba, porque con él nunca hubo un final claro. Él sólo fue mi primer amor.

Ese primer amor capaz de poner el mundo de cabeza de la chica más cuerda. Un amor bobo que sólo se puede sentir a los 15 años. Piensas que es para siempre, le crees todas las promesas y te aferras en pensar que las va cumplir. Mi vida sí tenía sentido, antes y después de Mateo, pero

ese periodo fue especial. No fuimos novios, amigos era un término hueco, pero él fue quien leyó las páginas de mi vida y se convirtió en parte de ella. Yo creo que no hay vínculo más íntimo y fuerte que el que tiene un libro con su lector. Así fue nuestra relación.

Hace un tiempo me puse a escribir todo lo sucedido ocho años atrás. Hoy cumpla 23 y la sonrisa que me sacó el recordar aquel pacto, fue mi inspiración para pasar al papel lo que creí haber dejado olvidado en el desván de mi memoria. Regina, Bruno, mis papás e, incluso, el propio Mateo podrían contar parte de la historia. Pero yo recuerdo cada detalle, desde el tono de voz con el que se acercó a pedirnos un celular, hasta la sonrisa que me regaló la última vez que lo vi. Y por eso, estoy segura, yo lo cuento mejor.



YO SÉ ALGO QUE TÚ NO

Como de costumbre llegué tarde a mi casa. Cansado, mareado y satisfecho. Pedí el día en el trabajo fingiendo estar enfermo del estómago. Mi jefe era un ruco que se creía el galán de moda, siempre se tragaba mis pretextos para faltar. No me corría porque yo era el mejor *chef* de su restaurante, sólo me descontó el día, pero ¿qué importa?, yo pasé toda la tarde con Diana, mi novia. Esa mujer de pechos prominentes tenía experiencia y la ocultaba bajo frases como: “he tenido sexo, pero nunca con alguien a quien amara, contigo es diferente”. ¡Qué tontería!, tienes relaciones sexuales o no, no puedes “medio tenerlas”.

Aunque Diana fingiera haberme dejado conocer su entrepierna porque estaba segura de que lo nuestro era matrimonio, no le interesaba mi situación laboral, ni nada sobre mí. Me quité los zapatos para poder acostarme a dormir, pero el teléfono no tenía los mismos planes para mí.

-¿Diga? —contesté.

-Hijo, ¿cómo estás? —era mi mamá.

-Bien Ma, ¿ustedes?

-También amor, oye te llamo porque encontré una caja con cosas tuyas en la bodega del patio –suspiré.

-Mamá, tírala, ¿por qué llamas?

-Mateo, ven por ella y revísala, quizá hay cosas que quieras guardar –insistió.

-Está bien, paso por ella el sábado.

-No, hijo ven mañana que pasa la basura y si es necesario la echamos de una vez, además tu hermano va a venir a comer con Claudia y el bebé –acepté.

Mi madre se valía de cualquier artimaña para reunir a la familia, sabía que por mi cuenta no iría a su casa. A pesar de ya no vivir con ellos y ganar mi propio dinero, papá no dejaba de estar buscando defectos en mis acciones. Su queja del momento era: “Tú hermano ya formó una familia. Tú eres el mayor y no me has dado nietos.” Ni modo, estaba dispuesto a soportarlo, por mi mamá.

Las comparaciones entre mi hermano y yo, nunca fueron motivo suficiente para separarnos. Esa comida no fue la excepción, convivimos sin prestar atención a los comentarios que decían “Mateo, eres un inútil” con diferentes palabras, en todos los tonos posibles.

-Papá, ya deja de molestarme. Tendré hijos con una pareja estable –me quejé.

-¡Estable! –se burló-, lo único estable en tu vida es la inestabilidad.

-Soy más feliz así, además, ¿tengo buen gusto en las mujeres o no? –mi mamá me dio un manotazo.

-Hace 27 años que soy hombre de una sola mujer –me regañó el señor de la casa.

-Pues, entonces me voy a buscar a mi media naranja –me levanté.

-¿Y Diana? –preguntó Julio, mi hermano.

-A Diana le faltan unos centímetros para lograr el 90, 60, 90.

-No voy a dejar a mi hijo cerca de ti –bromeó Claudia, la pareja de mi hermano y madre de mi sobrino. Joven, hermosa y de las pocas mujeres fuera de mi alcance.

-No te preocupes, ya lo trae en las venas – le guiñé el ojo y me despedí de la familia.

-Mateo no hables así de Diana, es buena muchacha –me reprendió mamá.

-¿Y eso qué?

-Deja de comportarte como un puberto inmaduro, mejor ya vete –me corrió mi viejo.

Mamá me acompañó a la puerta cargando la caja con la que me atrajo hasta su casa.

-Son puros papeles, calculadoras sin batería, reglas de plástico rotas, plumas sin tinta y otras chucherías, pero a lo mejor quieres conservar algo –me entregó el paquete.

-Gracias, mamá. Lo reviso en la casa –mentí, estaba listo para tirarlo todo, pero me lo guardó con tanta delicadeza y cariño que no quise hacerla sentir mal.

En efecto, eran cosas inservibles. *Tickets* de compra y boletos como recuerdo de las piernas que toqué en la sala de cine. Una bolsa color verde pastel llamó mi atención. La abrí y me encontré con una carta doblada con algún tipo de papiroflexia, y una tarjeta que decía: “Gracias por comprar en *Joyería De La Palma*”. Intrigado, desdoblé el trozo de papel. Lo leí velozmente, la caligrafía redonda y bien trazada hizo el trabajo más sencillo, lo importante no era lo que decía, si no la firma.

-Maya –dije en voz alta.

Sí, Maya. Esa niña cuya falda del colegio no me dejó admirar su figura cuando la conocí. La primera vez que la tuve de frente pude apreciar su rostro casi perfecto. Lo habría jurado, su perfil derecho era idéntico al izquierdo. Tan bien proporcionada y tan joven, me sentí obsceno de sólo recordar todo lo que imaginaba cuando veía los botones de su blusa.

Tenía mucho potencial y sólo 15 años. Piernas carnosas, cintura pequeña y unas prometedoras caderas que se iban a desarrollar a la par de su pecho. Seguro ya era un mujerón digno de compartir almohada conmigo por un largo tiempo. Además, ahora no me ponía en riesgo de ir a prisión por acostarme con ella, ese motivo me mantuvo al margen cuando la conocí.

Bruno, su hermano, conocía a mis amigos y una vez la llevó a un concierto de ellos. Esa noche todos se fijaron en Regina, la entonces mejor amiga de Maya. La pensábamos como una presa fácil y una experiencia inolvidable. “Campeón el que se la lleve a la cama”, empezaron sus apuestas ridículas. Lo mío eran las mujeres mayores que no buscaban una relación de manita sudada, yo quería acción sin compromiso.

Mis intereses eran distintos a los de mis colegas, admitía el atractivo de Regina, pero sabía que detrás de la timidez de Maya había más diversión. Bruno tomaba *whisky* como si hubiera pasado dos años en el desierto y aquel líquido fuera agua. Ella se chupaba los labios y deseé que tuviera tanta sed como su hermano.

Nada la corrompió y no probó ni gota de alcohol. Bruno estaba borracho y el maricón tenía miedo de que su mamita lo regañara, por eso me ofrecí a llevarlo a su casa, junto a Regina y Maya. En el camino platiqué con su hermana de 14 años por primera vez, hablamos sobre la película *El silencio de los inocentes* y le propuse un trato similar al del doctor Hannibal Lecter y el bombón de Clarice Starling. Claro, esa era mi estrategia típica, me hacía ver cautivador e interesado en conocerlas.

-Tú me cuentas cosas de tu vida, a cambio de mis secretos —le dije, sin apartar la vista del camino.

-¿Empiezas tú? —cayó en mi juego.

No le pregunté nada fuera de lo común. No estaba acostumbrado a hacer más de dos preguntas, a la tercera ya había logrado besar a mis conquistas o desvestir a las más facilonas. Pensamientos como ese fueron los que me mantuvieron despierto de camino a casa de los hermanos Ramírez, ese era su apellido, creo.

Después de esa noche seguimos aquel juego. Me sorprendió que pasaran más de dos días y aún no me aburriera de sólo hablar, sin nada de acción. He de confesarlo, no intentaba nada más con ella porque su hermano mayor era parte de mi grupo de amigos y por eso le pedí mantener en secreto nuestros encuentros.

-¿Mañana podemos vernos? —me dijo una noche al teléfono.

—¿Después de clases? —pregunté con la esperanza de que dejara de hablar y me permitiera volver a mi videojuego.

—¡Inocente! —se rió—, pienso irme de pinta, ¿qué opinas?

Evidentemente acepté, fue su idea y no tuve que corromperla. Yo ya estaba en la universidad estudiando gastronomía y no me importaba faltar a la escuela, poco a poco ella empezó a irse de pinta más seguido. Fingí no estar de acuerdo en caso de que sus papás me armaran un pleito. La invitaba a tomar helados, aunque con el resto de mis amigas prefería los moteles.

Sus papás no me querían cerca de ella, me contó lo histérica que se ponía su mamá cada que llegaba con el uniforme oliendo a cigarro. Mi familia concordaba con la suya, mi padre me lo hizo saber cuando llevé a Maya a la casa. Esa joven fue motivo de pleito con el dueño de mi hogar.

—¿De dónde la conoces? —preguntó cuando ella se fue.

—Su hermano es amigo de un amigo —expliqué.

Me pareció extraño ver a un padre preocupándose por las amistades de su hijo y más tratándose de una niña inofensiva. Fui a mi cuarto a tirarme en la cama y pude escuchar una conversación extraña y misteriosa entre mis padres

—¡Tamara! —gritó mi papá—, ¿viste quien era esa niña?

—No te entiendo, Mauro —le respondió.

Papá contestó algo inaudible, así que me acerqué a la puerta para poder escuchar mejor.

—¿Adela?, ¿de Adela y Octavio? —preguntaba mi madre—, ¿cómo lo sabes?

—Por el apellido, mujer.

—Eso no tiene sentido, es un apellido común.

—Y casualmente tiene los dos, ¡no me digas!

Al parecer la mujer de la casa dio por terminada la plática. No entendí nada, tenía más sueño que ganas de envolverme en un misterio. Seguro Maya se hubiera puesto una gabardina y sombrero de detective, mi prioridad era dormir.

Una mañana, me desperté tarde como de costumbre. Corrí a lavarme la cara y luego me puse a buscar mis tenis debajo de la cama cuando mi celular empezó a timbrar.

-¿Sí? —contesté.

-¡Mateo!, habla Maya.

-Hola, nena, ¿qué hay?

-Hoy tengo clase de deportes, arte y música, es decir, nada qué hacer, ¿fuga? —su sugerencia llegaba oportunamente, ya me había perdido la mitad de mi primera clase.

-Hecho, paso por ti como siempre.

-No te tardes, ya me escapé.

-¿No te vio nadie?, ¿el guardia, la directora, una maestra?

-Relájate, no voy en kínder, apúrate —me colgó.

Para mi mala suerte, mi papá escuchó la conversación. Me echó un discurso sobre los problemas en los que esa niña me podía meter, opté por hacerme el ofendido e hice caso omiso a sus recomendaciones, ¿qué se podía esperar de un hombre que escuchaba conversaciones ajenas como cualquier vieja chismosa?, sólo era su afán de fastidiarme. Ese mismo día le conté a Maya lo ocurrido.

-A tu papá no le agrado —afirmó—, lo supe desde el día en tu casa.

-No alucines, simplemente escuchó nuestra llamada de hoy y piensa que te estoy corrompiendo.

-Es que no alucino, el día en tu casa me preguntó mis apellidos, si mis papás sabían que estaba ahí y mi edad. Definitivo no le gustó que me llevaras.

-Ya se le pasará.

No volvimos a hablar del asunto, pero yo confirmé que la conversación de mis padres era sobre Maya. Adopté el estilo de mi amiga en turno y decidí investigar.

Una tarde, mamá fue a visitar a mi abuela, como siempre nos negamos a acompañarla para evitar ver a las tías criticonas. Si mi papá era experto en encontrarme defectos, esas señoras -cuyos maridos las dejaron para irse a los Estados Unidos- eran las campeonas mundiales. Mi madre nos dejó la comida hecha y nos sentamos frente al televisor, sólo papá y yo porque Julio se había largado a fumar mota o, como le decía a mis padres, a “hacer un trabajo”.

-¿Quién es Adela? –pregunté sin rodeos.

-¿Me preguntas porque ya conoces la respuesta o en serio no sabes? –respondió sin apartar la vista del televisor.

-No sé, sólo te escuche mencionarla en una plática con mamá.

-Yo entré a tu cuarto sin querer cuando estabas hablando con tu noviecita y te molestaste como toda una señorita sin privacidad, pero tú eres un verdadero entrometido, mejor te hubieras ido a ver a tus tías “las arpías” –no pude contener mi carcajada.

-No te enojés, viejo. Es que escuché el nombre de Maya en esa conversación y no entendí nada.

-Sólo mantente lejos de ella y deja de sacarla de clases, ya estás grande para esas estupideces.

-¡A ella le gusta irse de tinta! –me defendí.

-Ni quien te crea eso, cabrón –se levantó a servirse más comida.

-Te estoy diciendo la verdad, pásame otra cerveza.

-Adela es la mamá de tu novia.

-¿Ves?, tú eres peor que las tías, ¿para qué la interrogaste?, se supone que su papá me debería interrogar a mí.

-Estoy intentando salvar tu inútil pellejo, pero si no te interesa, corre a meterte en líos.

Siempre me decía cosas sin sentido.

Una vez, fui a buscar a Maya a su casa. Su madre abrió la puerta con una sonrisa que se desvaneció al verme. Decidí hacer un interrogatorio de rutina, sólo para empezar a armar un rompecabezas sin sentido, pero muy interesante.

-¿Vienes a buscar a Maya?, voy a llamarla —dijo.

-Señora, disculpe, ¿usted conoce a Mauro Orozco? —palideció.

-Por lo visto ya estás enterado —afirmó.

-Sí, sí claro, todo. Lo sé todo —mentí esperando que me revelara algo más.

-Maya me comentó lo extraño que tu padre se comportó con ella, hizo muchas preguntas, pero no lo sabe y te voy a pedir que no se lo digas.

-Pero, yo ya lo sé, ¿por qué ella no debería estar enterada?

-No es cosa de ustedes, yo estoy inquieta con este asunto, pero —hizo una pausa—, voy a llamarla.

Me reveló datos, pero nada consistente. Cada vez me interesaba más y más en Maya, ese misterio hacía atractiva nuestra relación. Al mismo tiempo, esas cosas ocultas me sacaban de mis casillas, me cabreaba no saber lo que estaba pasando. Por suerte, el timbre interrumpió mis memorias que cada vez se hacían más vívidas.

-¡Mi amor! —gritó Diana.

-¡Guapa!, ¿qué haces aquí?

-Vine a verte, te extraño.

Se abalanzó para besarme apasionadamente, me alejé y me senté en el sofá esperando no notara lo que había provocado dentro de mis pantalones.

-Yo también —mentí.

-¿Qué te pasa?

-Nada, ¿quieres algo? —me dirigí hacia la cocina del departamento.

-Un té.

-Té es la última bebida que puedes encontrar en mi departamento —aclaré.

-Por lo visto no sueles abrir tu alacena, compré una caja y la dejé ahí.

En efecto, una caja de té verde complementaba mi despensa. Esa mujer tenía intenciones serias de cambiar su *status* de “compañera de cama” a “esposa”. No me asusté, para mí era lo mismo, excepto que el matrimonio estaba condicionado por un papel, pero nada más. Su cepillo ya estaba en mi baño y la conocía de pies a cabeza, aunque mis intereses estaban enfocados a partes específicas de su cuerpo.

-Mateo —gritó desde el cuarto -, ¿qué estabas haciendo?

Fui donde ella y la encontré tumbada en la cama con la carta de Maya en las manos, no estaba celosa, al contrario, una sonrisa abarcaba todo su rostro.

-¿Qué es esto? —preguntó en tono burlón.

-Una carta —se la arranqué de las manos.

-Pensé que nunca habías tenido una noviecita seria, pero ya veo que sí andabas de manita sudada —se acercó a mí para colgarse de mi cuello-, es muy tierno.

-No te burles, Diana. Nadie te dijo que la leyeras —me sentí molesto.

-No te enojés, guapo. Es que nunca me habías hablado de Maya.

Ella no se interesaba nunca en mí. De vez en cuando me preguntaba cosas, pero nuestros encuentros más íntimos se daban entre cuatro paredes y sin ropa estorbando. Ignoré su disculpa y fui por el té que había dejado en el horno de microondas.

-Deberías hablarme de ella.

-Diana, ya no la recuerdo.

-Pues nunca me has hablado de ninguna de tus relaciones anteriores, siempre dices que no fue nada serio y esa carta me dio a entender otra cosa.

-Ya basta, deja de burlarte.

-No es burla, quiero conocer un poco más de ti —no respondí—. ¿Acaso “Maya” no fue importante para ti?, ¿es eso?

-¡No! —abrió los ojos sorprendida y bebió de su té.

-¡Woaw!, ahora estoy más intrigada.

-¿Qué quieres que te cuente? —me rendí.

-Todo, ¿hace cuánto fue esto?

-Ocho años, creo.

-¿Fue amor a primera vista?

-¡No seas ridícula!, ¿ves esta tarjeta?

-¿*Joyería de la Palma*?, ¿ahí se conocieron?

-No, cuando cumplió 15 años le regalé algo de ahí —mi novia se rió.

-Mateo, estoy sorprendida —me besó—, eres muy tierno.

Dejé la historia inconclusa para demostrarle que yo era un macho sin un cabello de ternura. Nunca lo fui, me estrené a los 14 años con una mujer de 25, eso me dio la categoría de líder ante mis inexpertos amigos. Era un completo “todas mías” que se acostaba con las mujeres más deseadas por otros chicos.

Incluso, cuando salía con Maya, dejé de hablarle por toda una semana luego de haber tenido una noche de besos y sudor al lado de mi “mejor amiga” de aquellos tiempos, Nidia. Sí, la mejor, sus piernas firmes le dieron ese beneficio. Luego de esa velada, me di cuenta que no podía perder mi fama y arriesgar momentos de placer con mujeres dispuestas a darlo todo, por una niña a quien apenas podía sostenerle la mano.

-No me quieres porque no soy como tus amiguitas, no fumo, no tomo, no puedo salir de antro y tampoco tengo el mejor cuerpo del mundo –lloriqueó Maya cuando la terminé.

-No es eso, es que todo esto es complicado –mentí.

-Mejor déjalo así, entiendo –no volvió a hablarme.

Después de esa tarde esperaba recibir mensajes de ella, suplicándome por otra oportunidad. Por supuesto no estaba dispuesto a ceder ante sus reclamos, gritos y llantos, tampoco aceptaría sólo un par de besos estúpidos, menos sabiendo que su mamá iba a colgarme de las bolas si algún día llegaba a anotar jonrón con su princesita.

Pero la vida me jugó una broma demasiado pesada. Maya no me buscó, mi ego se vio maltratado por una chamaca, ella tendría que haber estado suplicando mi invaluable compañía. Me hizo sentir común y superable, decidí ganarme su amor, si me tenía que ir al infierno, ella iría tras de mí.

Fui a buscarla a su escuela, iba directo a entrar a clases, pero la sorprendí. La tomé de la cintura con un brazo y le tapé los ojos con la mano libre, sus pestañas me hicieron cosquillas en la palma y el contacto de su cuerpo con el mío, despertó un cosquilleo entre mis piernas.

-Si no entras a clases, te prometo una explicación –le susurré.

-He estado esperando esto –confesó.

-¿A mí?

-¡No!, una explicación –me miró con cara de asco, le ofrecí la mano y no la tomó.

-Las cosas se pusieron complicadas para mí, estaba teniendo muchos problemas y no quería que tú fueras uno más —le mentí, la verdad hubiera arruinado mis planes.

-¿Por qué iba a serlo? —recordé el misterio entre nuestros padres.

Si le decía sobre aquel extraño comportamiento, seguro ese iba a ser nuestro único tema de conversación durante más de tres meses y lo había olvidado por un par de semanas que me devolvieron la paz mental.

-Te quiero y no quiero —recurrí a endulzarle el oído y su sonrisa confirmó que había funcionado.

-Me enamoré de ti, como las niñas de mi edad —me hizo bien escucharlo, pero todavía no estaba tan perdida como para dejar todo por mí, de haber sido así, se hubiera aferrado a mí para que no la dejara.

-¿Quieres que seamos algo más? —propuse.

-Sólo amigos —me ofreció la mano, respiré hondo y la apreté deseando poder romperle la muñeca.

Le declaré mi amor y ella me puso un letrero que decía: “Hola, soy un imbécil que no puede aspirar a más que ser amigo de esta chamaca tarada”. Me reí recordando cuánto me hizo enojar esa niña, quizá por eso la llegué a querer.

-¿Qué pasa? —preguntó Diana recostada en mi pecho desnudo.

-Nada, guapa. Tengo hambre —me levanté hacia el baño-, ¿quieres tacos?

-¿Tacos?, ¡ni hablar!, ¿tienes otra cosa? —puse los ojos en blanco, la mujer estaba más buena que un pan recién horneado y se hacía la difícil con la comida grasosa.

-No tengo nada más que un bote de helado, creo.

-Es tan anticuado que me invites un helado —la frase me sonó conocida.

-Entonces toma otro té, cerveza o yo que sé. Voy a ordenar tacos.

-Pídeme una ensalada, gritó.

En ese momento me pregunté, ¿cómo sería Maya? Todas las otras chicas con las que llegué a intimar eran un estereotipo y seguramente todas cuidaban su cuerpo tanto como Diana. Pero la hermanita de Bruno no era como ellas, quizá nunca llegó a desarrollar las caderas que prometía y sólo tiene grasa alrededor de ellas, ¡qué desperdicio!

-Oye, Mateo —me llamó Diana mientras comíamos- ¿y porqué terminaste con Maya?

-¡Yo qué sé, Diana! —me reí-, era un chamaco idiota, te lo repito, no me acuerdo.

-No me grites, sólo me intereso por ti.

Diana se estaba preocupando por mí, quizá en realidad siempre lo había hecho, pero yo siempre le brincaba encima para comerle la boca y no la dejaba hablar, preguntar u opinar. Seguro mi padre me daría un largo discurso sobre el cómo se trata a las mujeres, pensé en él y mi mamá, llevaban largo tiempo juntos y era raro que tuvieran un disgusto, su relación se parecía a la mía con Diana, simple.

Ahí estaba de nuevo, frente al aparador de la joyería de la Palma, con más dinero en mis bolsillos que ocho años atrás. Esta vez no fui por un collar de fantasía, ahora mi objetivo era una de las joyas brillantes.

-Buenas tardes —me saludó la encargada, una mujer joven, rubia- , ¿en qué le puedo servir? —en muchas cosas, pensé.

-Estoy buscando un anillo —me regaló una sonrisa.

-De compromiso, me imagino.

-Supongo que sí, sólo un anillo.

Me mostró cientos de modelos, para ser honesto sólo me fijaba en las pequeñas etiquetas con el precio, tampoco iba a gastar medio año de mi sueldo en un accesorio.

-¿Qué estilo prefiere su novia?

-Sencillo, supongo —la chica sonrió ante mi respuesta.

-Este es bello, es de oro blanco. El brillante es de cristal cortado, simula un diamante y a mi gusto es elegante.

-Pues me llevo éste.

-¿En qué medida? —la miré confundido.

-Pues la medida del dedo anular —volvió a reír.

-Veamos, a mi me queda un anillo siete —me mostró su mano-, ¿cree que a su novia tenga las mismas medidas que yo?

La miré de arriba abajo. No, pensé, ella debe tener 90, 60, 80 y la encargada unos 70, 50, 85. Por suerte no abrí la boca.

-Bueno, el siete me parece una medida estándar, los anillos de fantasía suelen tener este tamaño. De cualquier modo, si no le queda, venga con su nota y le haremos el arreglo pertinente por una cuota mínima.

La chica hizo la nota, me entregó un certificado de autenticidad, pasó mi tarjeta de crédito y me entregó el anillo en una caja color negro, sin olvidar la postal de agradecimiento. La adquisición del dichoso anillo fue más difícil que comprar condones por primera vez, por lo menos en la farmacia no preguntan qué talla de preservativo necesitas.

Pasé una semana intentando pensar en cómo iba a decírselo a Diana. No quería verme como un idiota y tampoco como un príncipe. En realidad nunca me planteé el cómo sería sentar cabeza. Hablé con mis colegas del trabajo, todos estaban casados y seguro sabrían actuar.

-Sólo dale el anillo, pásame la paprika —dijo Alberto, el otro *chef* del lugar.

-¿Así?, ¿sin decirle nada?

-Eres todo un pendejo, ¿pues qué quieres?, ¿ponerte de rodillas? —los ayudantes de cocina se rieron del comentario de mi compañero.

-Mejor le pregunto a Roberto.

-Mejor termina la orden de la mesa siete —dijo Lula, una de las meseras, amable con los clientes, agresiva con los compañeros de trabajo.

-Lula —le llamé-, ¿esta orden está bien?

-¿Espagueti a la carbonara?, sí —confirmó.

-¿Sin tocino?, dile que eso no tiene sentido.

-Si se lo digo, me vas a tener que pagar la propina que me dejarían —se quejó-, es una cena familiar, van a consumir mucho, ánimo y no te quejes!

-Esa chica es rara —me dije a mí mismo.

Había pasado años sin recordarla, leí una vieja carta y de pronto todo lo que pasaba en mi vida me hacía recordar a Maya. Siempre me pareció que hacía cosas raras, empezando por que no le gustaba la cebolla, pero sí los aros de cebolla. Además era reservada y tímida, pero si se sentía en confianza no paraba de hablar, me obligaba a pensar en llevarme un calcetín hecho bola a nuestras citas.

-Te traje algo —una vez me atreví a hacer algo parecido, no fue un calcetín, pero sí algo que mantendría su lengua ocupada.

-¿Una paleta?, gracias —le quitó la envoltura y se la llevó a la boca.

Me sentí más relajado sin tener que escucharla y fingirme interesado en sus historias.

-Sabías que... -puse los ojos en blanco y lo notó-, ¿estás bien?

-Sí, perdón, dime.

Cuando sus frases comenzaban con el “sabías que...”, lo siguiente eran datos curiosos que Maya había leído en *internet* o alguna revista. Le gustaba jugar con Bruno a ver quién decía el hecho más extraño, el perdedor se convertía en esclavo por un día del ganador. Me pareció algo muy infantil, sobre todo por su hermano mayor, pero de vez en cuando lograba entretenerme con sus descubrimientos

-Está comprobado psicológicamente que las personas más inteligentes, tienen mayor riesgo de sufrir depresión.

-¿En serio?, con razón eres tan feliz —me burlé y recibí un ligero puñetazo en el brazo.

-Lo entiendes mal, no es como que anden deprimidos por la vida. Pero, entre más saben, más cuenta se dan de todo lo que no saben —explicó.

-Eso es triste, pero nunca vamos a saber todo.

-Los idiotas creen saberlo todo —sonrió.

-Hoy sí me impresionaste, eres inteligente y rara —le pellizqué el cachete.

Todo el día me estuvo dando vueltas el asunto del espagueti a la carbonara sin tocino, eso tenía tanto sentido como yo pidiéndole matrimonio a Diana. El mundo estaba de cabeza y lo comprobé cuando me descubrí manejando hacia casa de mi padre.

-¡Mateo! —mi madre me abrazó efusivamente—, ¿qué pasó, hijo?

-Necesito un consejo —me miró sorprendida.

Entré hasta la sala y ahí estaba mi padre con la televisión encendida en el canal de las telenovelas y un periódico en las manos.

-Viejo —le saludé.

-¡Ah!, tú —sólo me miró y regresó a su lectura.

-Mateo quiere hablar con nosotros, Mauro —anunció mamá, él bajó su periódico y alcanzó el control remoto para apagar la tele.

-He tomado la decisión de casarme con Diana —mis padres se miraron el uno al otro impresionados.

-¡Ay hijito! —mamá saltó a abrazarme.

-Vaya, al fin —papá lucía maravillado, pero hablaba como si no lo estuviera—, felicidades.

-Pero no se lo he pedido, ya compré el anillo.

-¿Qué esperas para dárselo?, ¿qué se aburra de rogarte? —comentó el hombre “busca defectos”.

-No empieces, es que no sé cómo.

-Como un caballero, dile lo que tengas que decirle y espera su respuesta, deja de hacerte el idiota.

-¡Mauro! —le regañó mi madre.

-Hijo, sólo te aconsejo como lo sé hacer. Esa muchacha no te va a rechazar.

Mis padres empezaron a planear una comida para celebrar. Mi hermano se casó, porque el inútil embarazó a Claudia y yo lo hacía por voluntad propia. En fin, se emocionaron por la boda y sólo restaba que la novia aceptara.

No estaba nervioso por la respuesta, pero sí por el paso que iba a dar. Lo hacía esperando sentar cabeza y la única diferencia en nuestra relación, sería un documento que nos declarara esposos y el compartir mi departamento. Nada insoportable, la mujer era potable, no me disgustaba tenerla a mi lado.

-¿Qué te pasa? —preguntó Diana mientras se secaba el cabello luego de un baño.

-Tenemos que hablar —se sentó a mi lado en la cama.

-Habla, ya.

-Diana, creo que llegó el momento de formalizar nuestra relación —le entregué la caja negra con el anillo.

-¿Es enserio? —adivinó lo que era en cuanto puse el obsequio en sus manos—, ¡está precioso!

-¿Entonces?, ¿sí?

-¡Claro que sí! —me abrazó y besuqueó emocionada, empezó a llamar a todas sus amigas y brincoteaba por el departamento.

Fui por una cerveza, aturrido de tanta alegría, nada iba a cambiar entre nosotros. No le encontré emoción por ningún lado, supongo que esas cosas sólo son importantes para las mujeres.

Desde que nos comprometimos, Diana sólo pensaba en los preparativos. Yo trabajaba de lunes a domingo tres semanas al mes, mis días libres los pasaba viendo estúpidos salones o haciendo la lista de invitados. Todo era muy tedioso, que si quería un salón con jardín o sólo un jardín o una recepción en un espacio cerrado; invitar a la amiga criticona o no, a la tía de mi futura esposa había que invitarla, no nos caía bien, pero seguro llegaría con un gran obsequio. En fin, esas idioteces tan importantes para ella.

-¿Qué opinas de que el color de la boda sea magenta? —preguntó mi novia.

-Lo que sea, menos rosa —respondí.

-El magenta es este —me mostró un círculo cromático.

-Te dije que rosa no —aventó la revista que sostenía.

-Este no es rosa Mateo, te digo que es magenta. Si no me das opciones, por lo menos no te muestres tan pesimista ante lo que digo.

Se levantó del sofá, tomó su bolsa y se fue. ¿Tanto lío por un estúpido color?, era rosa y no iba a salir tras de ella sólo porque ella decidió fingirse daltónica. El pleito fue importante porque ese día Diana me dejó respirar.

Salí a comprar unos tacos a una plaza del centro, ahí había cerveza a mitad de precio los fines de semana. Estaba mirando un partido que televisaban en lo que salía mi orden, cuando una joven guapa y sexy se acercó a mí lentamente.

-Hola —me saludó con voz tímida.

-Hola —le respondí.

-Disculpa, ¿tú te llamas Mateo? —presté atención a su rostro y la reconocí.

-¿Regina? –los años casi no habían pasado por ella, pero mi memoria era como la de todo caballero: inexistente.

-¡No lo creo! –se colgó de mi cuello-, ¿cuánto tiempo sin vernos?

-Mucho, pero sigues igualita, aunque la naturaleza hizo lo suyo –comenté.

-¡Sigues siendo un imbécil! –se rió.

-¿Qué haces aquí?, ¿vienes con alguien?

-No, vine a comprar unas cosas, pero te vi y no podía quedarme con la duda.

-Pedí unos tacos y cerveza para llevar, si aceptas, mejor nos quedamos a comer y platicar.

Accedió y ordenó lo mismo que yo. Me habló sobre sus estudios, estaba a punto de terminar su licenciatura en derecho y trabajaba como encargada en una tienda de ropa por las mañanas. Se veía mayor, pero no tan cambiada, parecía que acababa de gritarme: “¡Eres un idiota!”, en la fiesta de cumpleaños de Maya.

Se me ocurrió invitar a Nidia a aquella celebración. Pablo, uno de mis amigos, era novio de Regina en aquel entonces. Llegamos los cuatro juntos a la fiesta y ella se las ingenió para quedarse a solas conmigo y hacerme frente.

-¿Porqué trajiste a esa?

-Es mi amiga, por eso –intenté alejarme y me jaló del brazo.

-Maya ya te ha visto con esa resbalosa antes, ¡cómo se te ocurre traerla!

-Ya basta Regina, no es tu asunto –me fui dejando detrás a esa mocosa insolente que se creía con autoridad de manipular a medio mundo.

-¡Eres un idiota!, ¡luego no vengas suplicando que te ayude! –gritó.

En ese momento quise cargarla hasta el baño y meter su cabeza en el escusado para deshacerle el peinado y no le quedaran ganas de volver a enfrentarme. Pero ella tuvo un mejor plan, se pasó toda la noche lanzando indirectas y si Nidia se le hubiera ido encima a golpes, no me hubiera sor-

prendido. Además con sus comentarios logró enterar a mis amigos más cercanos de mi relación clandestina con la hermana menor de Bruno.

-¿Puedo preguntarte algo? —dijo la Regina de 23 años.

-Claro —bebí de mi cerveza.

-¿Te acuerdas de Maya? —la miré confundido—, es decir, ¿piensas en ella o algo así?

-No tiene sentido tu cuestión, seré un imbécil, pero no tengo amnesia.

-Ha pasado mucho tiempo, pero eso fue especial, ¿sabes?

-Regina —le tomé la mano—, yo también estuve ahí.

-Pero para ti es distinto, fuiste el primer amor de mi amiga, ¿recuerdas cuando te quedaste dormido en mi sofá?

-Fue la noche que Maya bailó con un idiota en el bar y tuve que golpearlo cuando estaba a punto de obligarla a tomar una copa —me reí de recordarlo.

-Te dejamos dormido en el sofá, tú subiste a mi cuarto y la despertaste, ella se fue contigo, a media noche a no sé dónde.

-Al parque, no pienses mal —aclaré.

-Sí bueno, creí que te quería más a ti. A mí me hacía caso, pero a ti te contaba cosas distintas.

-Lo que a mí me contaba, tú lo vivías con ella, Maya debe recordarte más a ti que a mí.

-¿Recordarme? —soltó una carcajada—, ¿de qué hablas?, ¡seguimos siendo las mejores amigas!

-¿Cómo está? —palidecí.

-Bien, ella estudia arquitectura, vamos a la misma universidad y supongo que sigo arrastrándola en mis líos.

-Si me la encuentro algún día, no creo reconocerla —comenté.

-Verás que sí, sigue igual y te recuerda, o eso parece, lo que pasó entre ustedes no fue justo.

-Regina, ya pasó.

-Lo siento, es que Maya y yo nunca hablamos de lo sucedido y a ti no te veía desde que...

-Lo sé —interrumpí—, disfrutemos el reencuentro de dos viejos conocidos.

-¡Tengo una idea!, ¿no te gustaría verla?

-¡No! —respondí.

-¿De verdad?, Mateo ese sí que sería un reencuentro y estoy segura de que a ella le encantaría verte.

-Regina, me voy a casar —abrió los ojos como platos extendidos.

-¡Vaya!, pues felicidades, pero yo no pretendía que continuaran su historia de amor —aclaró.

-¿No?, no te creo. Por lo poco que llegué a conocerte, por la plática de hoy y a juzgar por tu cara de sorpresa cuando te hablé de mi matrimonio, no puedo creerte.

-Tengo que morderme la lengua para no decir lo que estoy pensando.

No porque ya fuera una veinteañera, dejaba de parecerme inmadura y voluntariosa. Agradecí no escucharla gritar cosas como: “Eres un imbécil, no te cases con esa zorra”. Pero lo que ella estaba pensando fue peor, aún más estúpido.

-Me parece una coincidencia que nos hayamos encontrado cuando estás por casarte.

-Regina, no me gustan las novelas.

-Si la ves, quizá te vuelva a mover el tapete —insistió.

-No lo creo, ya no tengo 19 años.

-¡Y ella ya no tiene 15! —puse los ojos en blanco—. Está bien, no la quieres ver, no voy a insistir.

-Gracias.

-Por lo menos deberías decirle cuál fue el motivo para que dejaras de escribirle.

Nos despedimos y se fue sin que intercambiáramos números, nada nos unía más que recuerdos del pasado y conocidos en común. Aunque para mí, Maya era una completa desconocida.

Pensé en lo dicho por Regina sobre la explicación que, según ella, le debía a Maya. Nunca lo vi de ese modo, la primera vez que la dejé no le dije nada y lo superó. Ahora era una mujer, supongo más comprensiva. Además, ni yo mismo recordaba lo acontecido.

Haciendo memoria, pensé en un viejo amigo, Enrique, él me presentó al hermano de Maya. Bruno y él eran como pan y leche, Quique tocaba en la banda con el resto de mis cuates. Si mi memoria no me falla, fueron ellos quienes organizaron una fiesta en una casona. Era un evento prometedor, con mujeres en bikini, cuartos vacíos y alcohol, la única regla era festejar hasta que el cuerpo aguantara. Teniendo un techo bajo el cual dormir y un paquete de preservativos, no había nada que pudiera salir mal. Por cosas como esa, valía la pena tener 20 años.

La noche de la fiesta, mi papá y yo discutimos por el carro. Se lo pedí prestado y me dijo que mientras le pusiera gasolina, no tenía problema. Yo no tenía ni un centavo, recién me había castigado con poco dinero tras enterarse de mis múltiples faltas a la universidad. Mis amigos me llamaron mariquita, aburrido y otras palabras, pero decidí no salir y me senté a jugar videojuegos con mi hermano. Le gané en todas las carreras, estaba de malas y no me venía mal sentirme victorioso.

-¡Tú nunca ganas en esto! —se quejó Julio— cada vez te desconozco más, ¿estás enamorado?

-¡Claro que no!, ¿qué tiene que ver? —me reí a carcajadas.

-Nada, sólo te ponía a prueba.

-Eres un idiota.

-Y tú un idiota enamorado.

Mi hermano atrajo la fortuna. Mi celular se encendió y un número extraño apareció en la pantalla. Contesté, una voz familiar gritaba mi nombre acompañada de música alta.

-¿Regina? —respondí.

-Mateo, tienes que venir a la fiesta de Enrique y la banda –pidió.

-Maya se está comportando muy extraño –sonaba preocupada hasta que soltó unas risitas-, creo que está borracha.

-¿Borracha?, ¿Bruno está ahí?

-En alguna parte besándose con su novia, dejó sola a Maya y ahora ella se divierte de más, ni siquiera me escucha, ¿sabes lo que es eso?

Cierto. Si Regina no se podía hacer escuchar o Maya no entraba en razón, algo muy grave tendría que estar pasando. Me levanté furioso del sillón, fui a ponerme tenis y una chamarra.

-¿A dónde vas? –preguntó mi hermano.

-Tenías razón, estoy actuando raro y el motivo que te imaginas, es correcto –no me prestó atención-. Me voy en taxi, les dices a mis papás.

El ambiente era de los mejores que vi en mi vida, alegre, alocado, prometedor, intenso; pero yo no podía evitar preocuparme. Me sentí aliviado, pero no menos molesto cuando la vi riendo a carcajadas y tambaleándose. Estaba con Ricardo y otros amigos, quise burlarme de tan sólo imaginar el dolor de cabeza que le iba a dar, aunque fuera menos fuerte que el que me dio por su actitud.

-Ese es su sexto o quinto vaso –Regina se acercó a mí,- oficialmente te retiro el título de imbécil –me sonrió.

-Enrique –lo jalé en cuanto lo vi pasar-, ¿Y Bruno?

-No lo molestes, está con su novia –menudo hermano mayor.

-¡Mira a su hermana! –le grité.

-Le dieron aguas locas, yo quise evitarlo –se burlaba, contagió su risa a Regina y Pablo.

-¿De qué se ríen?

-Güey, deja de estar tan preocupado, no le va a pasar nada, todos respetan a Bruno.

-Menos tú —interrumpió Pablo.

-No es gracioso, dime a dónde la puedo llevar para bajarle la borrachera —pedí.

-¿A bajarle la borrachera o a...?

-¡Regina! —la reprendí.

-Al segundo piso, la habitación del fondo —respondió Quique con seriedad fingida.

Corrí al lado de la irresponsable niña que me hizo abandonar la comodidad de mi sala para convertirme en la burla de tres inmaduros. Le quité el vaso de las manos y la tomé de la cintura para que no se cayera.

-¿No que no ibas a venir? —preguntó con cinismo.

-¿No que no tomabas? —me burlé-, ven.

Se cayó de rodillas en las escaleras, me fijé que nadie lo hubiese notado y la subí a mis hombros. Su perfume dulce de niña tierna combinado con tequila de pésima calidad, me dieron náuseas.

-Aquí te vas a quedar hasta que se te baje —la senté en la cama, le aventé su bolsa y me disponía a dejarla sola.

-Oye, Mateo —me llamó- lamento que nuestro segundo beso te lo haya dado borracha.

-¿De qué...? —me interrumpió con un beso.

La alejé de mí y regresé a la fiesta, me hubiera quedado con ella, besándola y dejando suceder lo que yo quería, pero ya era tarde. Esa niña inteligente, rara, con una familia y amigos amándola, haciendo todo por verla feliz, ya me había contagiado ese sentimiento de cariño y las ganas de cuidarla.

Ricardo, el amigo que le dio alcohol a Maya, se me acercó efusivo.

-¡Creí que no venías! —me saludó- ¿Bruno te contrató como niñero de su hermana?

-¿Por qué le diste aguas locas? —me miró asustado.

-Fue Elena –acusó a su amiga, la muchacha que servía los jugos adulterados.

-¡Elena! –le grité.

-¡Mateo!, ¿qué te sirvo? –la noté confundida- ¿Qué tienes?

-La niña que acabas de emborrachar es la hermana de Bruno, es menor, ten cuidado.

-¡Ay, Mateo!, me asustaste. No le va a pasar nada, la estaba cuidando.

Me dediqué a buscar a Bruno a ver si por lo menos, me dejaba usar su carro para llevar a su hermana a dormir. Un mensaje de “ya me siento bien” me obligó a ir a buscarla. La encontré tirada en la cama, pero lo mejor fue cuando salió corriendo al baño para vomitar. Le pasé un pedazo de papel cuando terminó su acto. Tenía la cara de un tono rojo pálido y no me sostenía la mirada.

-Voy a conseguirte agua y un chicle –salí de la habitación y me eché a reír hasta que me cansé, era demasiada humillación haber vomitado de borracha mientras yo le detenía el cabello.

Le conseguí agua y un chicle de menta, no me hablaba y menos me miraba. Supuse que estaría avergonzada por todo un mes y no podía esperar a burlarme de la resaca que tendría al día siguiente.

-Maya, he visto cosas peores.

-Cállate.

-Te debo un secreto.

-Y uno grande –respondió.

El maldito timbre de mi departamento me hizo abrir los ojos de golpe y olvidarme de mis fantasías. Era Diana, con un semblante más relajado, sólo deseaba no escuchar sus idioteces sobre los colores.

-Lo siento –dijo-, estoy muy nerviosa y a ti parece no importarte.

-Tranquila, ya pasó –me abrazó.

-Necesito la llave de aquí para empezar a traer mis cosas.

Mi prometida vivía con sus hermanas en un departamento más pequeño que el mío. Seguramente una feria de hormonas y todo un *show*, peleando por si algo es color azul mar o azul cielo o azul pitufo. Seguro que cada 28 días el lugar estaba plagado de mala vibra. No me molestaría vivir con las tres, pero el adulterio no está permitido y además eran demasiados gritos para mi gusto.

-Trae tus cosas cuando quieras –le dije.

Me besó, aún confundido por mis recuerdos y la realidad, le respondí. La besé y subí lentamente mi mano hacia sus pechos, la tocaba con miedo, lo hacía como si mi prometida de 25 años fuera una niña, una niña de 15 años, la hermana de un compañero, Maya.

Me sentí como un joven viviendo su sexualidad a edad temprana. Inexperto, pero realizado. Alardear de experiencias como esa era cuestión de *status*, de mantener una imagen con los amigos, un disfrute total y sin culpas. Ser astuto era lo único que se necesitaba, los ratos de placer tenían que ser eso, ratos. Yo deseaba a Maya, lo hacía como si nunca hubiera estado con mujeres mejor desarrolladas y expertas.

Fue entonces como lo reviví. Un momento en el que no me importó el misterio de nuestros padres, el hermano mayor, ninguna de esas estupideces que retrasaron uno de los descubrimientos más grandes de mi vida. Una experiencia única, estaba enamorado de Maya y se lo dije la noche de aquella fiesta.

-¿En serio? –preguntó asombrada por mi confesión.

-En serio, en broma, en el día, en mi casa, en todos lados -no me contestó y su silencio de más de cuatro segundos, me enloqueció.

Me levanté para abandonar la habitación, pero otra vez me alcanzó para besarme. La abracé con fuerza. Sentí que dejó caer todo su peso sobre mi cuello para alcanzar el interruptor y apagar la luz. La cargué hacia la cama y sentí sus manos delgadas, frías, temblorosas, tímidas e inexpertas subir por mi espalda y levantarme la playera. Yo sólo necesité de mis dedos para desabotonar su blusa y quitársela. Me sentí cómodo con ella y descubrí que eso ya lo había imaginado antes.

Cuando la besaba, cuando la acercaba a mí, si se mordía los labios, al reírse de mis bromas, incluso si me escuchaba y no decía nada, provocaba que mi corazón se acelerara y reacciones naturales, nuevas para un muchacho que se creía especial sólo porque tenía suerte y buen verbo.

Un cristal rompiéndose, interrumpió mi fantasía hecha realidad. Ahí tomé la primera de las decisiones que desencadenaron el final de aquella historia. Me separé de ella y le alcancé su blusa, no le podía sostener la mirada.

—Quédate aquí, voy a ver qué pasó —le dije sin verla, necesitaba alejarme de ella.

En el jardín de aquella casa, unos tipos se estaban peleando por una razón desconocida con uno de mis amigos. Se estaban aventando vasos, cerveza, sillas, de todo. Cuando vi que Pablo, Enrique y Ricardo se metían en el pleito, también participé. Intentamos calmarlos, los vecinos podrían llamar a la policía y mis compañeros rentaron el lugar para la fiesta, los problemas serían para ellos.

—¡Ya basta, Héctor! —pedí a mi conocido involucrado en los golpes.

Para mi mala fortuna, me dieron un puñetazo que me tiró al suelo. Mi nariz sangraba, la cabeza me daba vueltas y Maya estaba a mi lado. Desobediente, arriesgándose a recibir un golpe idéntico al mío.

—¡Te dije que no bajaras!, ¡súbete! —le grité y la alejé a empujones.

Ella iba caminando asustada hacia la casa cuando un imbécil aventó un vaso con hielos que aterrizó justo en su frente. Bruno salió de quién sabe dónde y juntos le rompimos la cara a ese chistoso. No vi quién la ayudó a salir de la escena, ni a dónde la llevaron, pero supe que ya estaba a salvo.

Un grandulón maricón, entró en defensa de su amigo, apestaba a alcohol y cigarro. Se metió al pleito y sentí un navajazo cerca de la costilla derecha. Vi a Bruno intentar desarmarlo, no sé lo que pasó porque perdí la conciencia.

Desperté en un cuarto de hospital, me sentía atropellado, perdido. En aquel momento no recordaba lo sucedido, pero sí que Maya se había quedado sola y quien sabe por cuánto tiempo. Mis papás estaban en un sillón a mi lado, abrazados y con los ojos cerrados. Me esperaban unos gritos poderosos y una patada en mis partes.

-¿Mamá? —la llamé.

-Mauro, despertó —corrieron a mi lado-, ¿cómo te sientes?

-Como si me hubieran pasado un pepino por el trasero —mamá sonrió.

-Yo que tú no estarías haciendo bromas idiotas —me reprendió mi padre-. ¡Pudiste haber muerto!, ¿y por qué? O más bien ¿por quién?

-¡Maya!, ¿dónde está?

-Por suerte no está aquí, más te vale no buscarla.

-Ya, por favor —pidió mi madre con los ojos hinchados-, me has pegado el peor susto de mi vida.

-Mamá, discúlpame —pedí-. Ese gordo maricón no podía defenderse más que con un arma, igual al pelotudo de los hielos.

-La culpa es sólo tuya por andar con una chamaca de 15 años que no sabe lo que hace.

-Mauro, el hijo de Adela se cortó la mano por quitarle el cuchillo a ese desgraciado —recordó mi madre.

-Era lo mínimo que podía hacer, su hermana tuvo la culpa de todo.

-¡Ya! —grité y me dolió el abdomen-, ¿pueden explicarme qué pasa con la familia de Maya?

-Nada, hijo no te exaltes.

-Bueno, mamá entonces díganme.

-Basta Mateo, no es momento —sentenció mi padre.

-Hace meses te lo pregunté, me evadiste cuando empezaste a burlarte de las tías chismosas.

-No hables así de tus tías –interrumpió mamá.

-¡Eso son!, el asunto es que dejé el tema por la paz y ahora exijo que me lo digas.

-¡No, Mateo!, no lo dejaste por evitar pelear, lo dejaste con tal de enrollarte con esa chamaca que sólo te ha traído problemas, Tamara déjanos solos.

-Mauro, no es el lugar, ni el momento –se negó ella.

-Le voy a dar a este necio la respuesta que quiere.

Mi madre salió insegura de la habitación. Y papá me contó una historia que hubiera preferido no escuchar.

-Adela y yo fuimos novios, ella tenía 16 años y yo casi 24. Era igual a su hija, una niña viviendo en una familia estable, rodeada de comodidades y optimista ante todo. Tu madre era en aquellos tiempos mi amiga.

-Seguro se traían de encargo entre ellas –interrumpí, sin saber qué decir ante tal revelación.

-Sí, pero nuestro verdadero problema eran sus padres, no iban a dejarla en manos de un vago como yo. Nos las ingeniamos para salir a escondidas y cuando te escuché aquella mañana planeando tu día de pinta, me acordé mucho de aquellos tiempos.

-Somos diferentes, Maya y yo –me enfermó la comparación.

-Mira Mateo, yo terminé con Adela después de que tuvimos un accidente de auto en una fiesta, ¿te suena?

-Papá, yo no manejé borracho –argumenté.

-Sus papás eran estrictos e hicieron todo lo posible por mantenerme lejos de ella, le provoqué heridas graves y un susto tremendo.

-Viejo, no es mi caso.

-Maya llegó al hospital por un golpe en la cabeza, Adela te hubiera refundido en la cárcel de no ser porque tú estabas peor. Yo debí haber levantado cargos en contra de esa mocosa.

- No soy tan tonto, estuve a punto de acostarme con ella y no lo hice.
- ¿Serías tan imbécil? —me reprendió.
- Papá, creo que estoy enamorado —confesé.
- ¡Qué vas a saber del amor!, es calentura y nada más.
- Exageras igual que los abuelos de Maya —me miró con furia saliendo de sus ojos.
- Ahora los entiendo y sé que Adela también, hazme caso.

Su discurso me convenció de que lo mío era calentura. No sabía lo que era el amor y no pude argumentar nada para defender tal sentimiento. Nuestra relación estuvo condenada desde el principio. Maya no sabía que nuestros genes hacen corto circuito. Suena cursi, pero nosotros tuvimos una historia similar a la de nuestros padres. Si no hubiera bajado a ver lo que sucedía en la fiesta, los padres de Maya me habrían metido preso por acostarme con su retoño. Desde cualquier punto de vista, todo habría salido mal.

La única persona con quien pude hablar de lo ocurrido sin censurar mis palabras, fue el idiota de mi hermano. Yo seguía en el hospital y él fue a visitarme.

-Eres todo un pendejo —me saludó—, yo atendí la llamada de Enrique avisando que estabas en el hospital.

- ¿Te asustaste, mariquita? —reí.
- No te parto la cara sólo porque estás recién zurrado.
- ¿Ya sabes lo que pasó?
- Sí, fue por esa chica.
- Yo no te he hablado de “esa chica”.

-No hace falta, aquí el imbécil eres tú. Pensé que te encerrabas en el cuarto para tener encuentros íntimos con tu mano, pero un día descolgué la bocina y te escuché hablando con una chica.

-Chismoso, como vieja.

-Da igual, te enamoraste y me da asco –concluyó.

-Es una chica menor que yo y que tú, no es amor. Se llaman hormonas.

-Tiene sentido, la niña debe ser como una patada en las bolas y tú siempre andas en celo.

-Lo sé, nunca había estado con alguien que me diera dolores de cabeza y al mismo tiempo fuera tan agradable conmigo –confesé.

-En realidad no me interesa escucharte, pero deja de expresarte así, sueñas maricón.

-Ya me acordé porqué nunca hablo contigo, sólo que hoy no me queda de otra.

-A lo mejor esa niña sí es “tu excepción”

-¿Lo leíste en las revistas de mamá? –me burlé.

-No, lo vi en una película –hizo una pausa larga-, bueno, ¿quieres que te explique o no?

-Ilumíname.

-Se supone que tienes una regla con las mujeres, dime alguna que tengas.

-¿Bésalas y déjalas?

-¿Ya la besaste? –asentí-, ¿la dejaste?

-No.

-¡Estás jodido!, sí es la excepción, a todas las reglas que tengas.

-¿Y lo de papá?, no quiero enredos.

-Entonces no la busques y cumple tu regla, déjala.

-Antes de que me hirieran la noche de la fiesta, casi me acuesto con ella...

-¡Eso lo explica todo! –interrumpió-, sólo quieres sexo y no se te ha hecho, deja de preocuparte. Hay una máquina de botanas en el primer piso, ¿tienes monedas?

Empujé sus pies de la camilla y casi lo hago caerse. Mi hermanito y su teoría sacada de una película hollywoodense, no era tan estúpida como sonaba. Hubiera enfrentado a mi papá si hubiera sido amor, pero por una excitación juvenil, no valía la pena.

Las advertencias de mi papá tenían sentido, tenía una cicatriz como recordatorio. Pero el peor castigo fue el hospital, mi mamá no se separaba de mí y enfermeras gordas me ayudaban a levantarme para ir al baño. Julio sólo iba a ver la televisión y a vaciar la máquina de dulces de la recepción.

-Esto sería más soportable si las enfermeras fueran como las de la tele —comenté.

-Tienen grandes pechos, ¿de qué te quejas? —se burló mi hermano

-Cállense par de pelados —nos reprendió mi madre.

Así pude soportar estar internado y salí sin haberme vuelto loco.

Sentí mi costado derecho, la cicatriz seguía ahí a pesar de los ocho años que ya habían pasado. Ese movimiento despertó a Diana, quien dormía a mi lado.

-¿Qué pasa? —preguntó y miró la marca del navajazo-, ¿la cicatriz te duele?

-No, vuelve a dormir —le pedí.

-¿Seguro?, ¿con qué te la hiciste?

-Una pelea de mi juventud, no te preocupes —me levanté para ir a buscar una cerveza.

-Debes empezar a contarme cosas, estamos por casarnos.

-¡Diana! —le grité-, ¡es una estúpida cicatriz!, no hagas un drama.

-Quien hace un drama eres tú, después no digas que no me interesas —se tapó con la sábana y volvió a dormir.

Esa era la principal razón por la que no me gustaba intimar sentimentalmente con una mujer, hacen demasiadas preguntas y si no respondes lo que quieren o simplemente no contestas, hacen

un teatro. Lo mejor para nuestra relación era ahorrarse ese tipo de conversaciones, prefería dormir en la calle a pelear con ella cada madrugada.

El lunes siguiente, en el trabajo, hablé con Alberto al respecto, tenía que comentar los dos dramas armados por Diana en un solo fin de semana. Aún estaba a tiempo de sacar sus cosas de mi casa, cambiar la cerradura y empeñar el anillo, pero con ella se iría la oportunidad de sentar cabeza, formar una familia y que mi papá por fin me dejara en paz.

-Se puso como loca porque le dije que el rosa es rosa y luego porque no le quise contar sobre una estúpida cicatriz —conté a mi amigo.

-Vete acostumbrando, las mujeres son insufribles, cuando se acerca el día de su boda se ponen peor y ni hablar de cuando se embarazan —explicó.

-Si es tan malo, ¿por qué te casaste?

-Amigo, los hombres somos idiotas y por eso nos casamos.

-Estoy a punto de convertirme en uno —suspiré.

-No, tú eres de los que se casan sin estar listos y esos son el doble de idiotas.

-Estoy listo —acepté-, pero últimamente he estado recordando cosas.

-¿Alguna ex novia? —preguntó muy seguro-, antes de casarnos todos pensamos en las mujeres a las que estamos renunciando para pasar el resto de la vida con una sola.

-¿Cómo sabes que es alguien de mi pasado?

-Mateo, acabo de descubrir que eres un idiota al triple —se carcajeó-, si hubieras respondido algo como: “lo sé, son tantas mujeres con hermosos senos y piernas carnosas que todavía no conozco”, sería normal.

-Menos plática, más acción —interrumpió la mesera amargada.

-¿Qué tiene que no haya respondido eso? —pregunté.

-Los más tarados son los que se casan con una mujer, amando a otra. Busca a ese alguien de tu pasado y deja de hacerme perder el tiempo –declaró mi colega.

-¿De qué hablas?, no dije estar enamorado –me quejé-, sólo la recordé.

-Pero no te importa renunciar a mujeres maravillosas de los cuatro continentes que aún no conoces, tu problema es con una, mira –me mostró una orden- de nuevo el espagueti a la carbonara sin tocino.

Ignoré los consejos románticos de mi amigo. Él era un hombre casado y hace mucho que no vivía la vida, hablaba de lo leído en las revistas de chismes de su mujer o lo sacaba de películas románticas, yo qué sé. En fin, preparé el espagueti con las exigencias extrañas del comensal, seguro para la misma persona porque era una petición estúpida.

-Lula, ya está la orden de la mesa siete –le llamé.

-Jode y jode, pero no espera los platillos. Llévalo tú y restriégale su ineficiencia, a ver si así nos deja en paz –aconsejó Alberto.

Salí con el espagueti directo a la mesa, pero Lula me abordó a la entrada de la cocina.

-¿Es el de la mesa siete? –Preguntó.

-Dime para quién es y yo lo llevo –la reté.

-¡Ni lo sueñes!, dame eso –le alejé el platillo.

-Dijiste que para la siete, ¿no? –miré hacia los clientes de la mesa en cuestión.

Era ella, Maya estaba acompañada de otra joven y de su hermano, Bruno, a quien reconocí al instante. Sólo la vi de espaldas, pero, ¿quién más iba a ordenar algo tan extraño? Además de la compañía, su cabello largo y espalda angosta revelaban su identidad.

-Está bien, llévalo tú –entregué el pedido a Lula, quien caminó orgullosa hacia la mesa.

Me metí a la cocina como si acabara de ver un fantasma. Me reí de sólo pensar que me había convertido en un tarado. Quizá no era Maya, Bruno podía haber estado con unas amigas, su novia y una amiga, cualquier combinación y no necesariamente incluyendo a su hermana. Pensé

en asomarme de nuevo o pedir a Lula que averiguara algo por mí, pero la carga de trabajo a las dos de la tarde era la más pesada.

El espagueti, haber visto a Bruno y quizá a Maya, los consejos de mi amigo y el drama de mi prometida, me dejaron agotado. Me tiré en la cama deseando que Diana estuviera enojada y no intentara cenar conmigo o hablar de la boda, pero la atraje con el pensamiento.

-¿Cómo te fue? —preguntó.

-Tuve un día muy pesado, me voy a bañar y a dormir —anuncié.

-¿Quieres que te prepare algo? —negué con la cabeza- Está bien, cuando salgas de bañarte quiero hablar de algo contigo.

Intenté hacer tiempo en la regadera, seguro ella se iría a dormir o algo. La escuché riendo en la sala frente al televisor y supe que era inútil retrasar la conversación. Me escabullí del baño al cuarto, pero me alcanzó enseguida.

-Estaba pensando en la hacienda de la carretera del norte para la boda —sugirió.

-Sí, podemos ir a verla el viernes, es mi día libre.

-Lo que quiero hablar es del presupuesto, no va a ser barato rentarla.

-Si es lo que te gusta, no importa. Mis papás nos van a ayudar, pero quedamos en algo muy íntimo y quizá la hacienda sea demasiado.

-¿Entonces no?

-Piénsalo y decide —le di un beso en la frente y fui a lavarme los dientes.

-¡Es que no te interesa la boda!, si por ti fuera nos casaríamos en el patio de casa de tu mamá y sólo con tus papás, tu cuñada, Julio y mis hermanas.

-Sí, pero intento darte gusto, ¿no lo ves?

-¡Todo lo he planeado yo sola!, ni siquiera has preguntado por la comida que organizan tus papás para el compromiso, es el viernes y tú quieres ir a ver la hacienda —se quejó.

-Mira Diana, si vas a empezar con otro de tus dramas, enciérrate en el cuarto y yo me voy a la sala —fui a tomar una almohada.

-¿Mis dramas?, dime la verdad, ¿quieres casarte?

-Si no quisiera, ¿crees que hubiera gastado tanto en un estúpido anillo?, deja de ponerte histérica por todo.

-Esto no va a funcionar si no pones de tu parte, aún ni nos casamos y hemos peleado más los últimos días que en todo el año que llevamos juntos.

-Ojalá cuando pase la boda vuelvas a cerrar la boca.

Mi comentario la dejó sin respuesta, se acostó a dormir dándome la espalda y la ignoré. Pero ni así obtuve la paz que deseaba, recordé la plática con Alberto. Casarme sin estar listo o peor, queriendo ver a Maya. Me puse como un idiota cuando la vi y fue de espaldas, pero seguro ella ya no sentía lo mismo, ocho años no pasan en vano y además le hice promesas que no cumplí.

Cuando salí del hospital luego de la cuchillada, dejé la escuela, no había modo de salvar el semestre y mejor renuncié. Dejé de ver a mis amigos y pasaba todo el día en casa, me estaba volviendo loco con mi mamá convertida en mi sombra, prácticamente me esperaba afuera del baño. Papá se sentaba conmigo a ver la tele y me seguía con la mirada cada vez que me levantaba.

Me sentía desarmado para discutir con mi padre, tenía razón y admitirlo me hacía sentir inútil, como él me decía. Una tarde Pablo fue a visitarme, acompañado de Regina.

-Me obligó para que la trajera, si te molesta, nos vamos —justificó mi amigo.

-No es precisamente a quien quería ver, pero, ¿por qué habría de molestarme?

-¿No estás enojado con Maya?, pensé que no la querías ver nunca más —comentó Regina.

-No creo que debamos volver a vernos.

-Cree que la odias, ¡y no se equivoca!, esto la va a destrozar.

-Regina, no exageres —la frenó Pablo.

-¡No exagero!, la llamaré para decirle —sacó su celular y se lo quitó.

-Prefiero decírselo yo —confesé.

-¡Estás loco!

-Regina, tengo que despedirme.

El acoso de mis padres, el aburrimiento, el semestre que perdí en la universidad y la historia nauseabunda entre Maya y yo, me animaron a irme a los Estados Unidos con el hermano de mi mamá. Mi único objetivo era relajarme y alejarme de toda la presión. Mi madre no quería separarse de mí, pero por primera vez papá apoyó mi decisión, incluso, me aconsejó investigar si podía quedarme a hacer la carrera ahí. El verano antes de conocer a Maya me fui con mi tío y aprendí inglés durante mi estancia.

-¿En serio te piensas ir? —preguntó Regina.

-Te prometo que la voy a buscar para decirle.

-Puede ser ahora —sugirió la insistente amiga.

Llamó a su inseparable y la citó en el parque, me obligó a salir sin que mi mamá se diera cuenta. Me dejaron una cuadra antes de la arboleda, yo iba a aparecer en esa cita de sorpresa para despedirme. Vi a Maya y me puse nervioso, corrí hasta ella y la abracé.

Lo más difícil de esa tarde fue despedirme porque ella insistió en irse conmigo, me reí, pero Maya hablaba en serio. Logré que se volviera loca y la estaba lastimando, me sentí mal, por primera vez. Tantos corazones rotos y ese fue el único que me dolió destrozar. Quise hacerla sentir mejor, pero la decisión estaba tomada, era una buena oportunidad para sacarla de mi vida.

-Todavía tienes que terminar la secundaria, la preparatoria, una carrera —argumenté para que cambiara de opinión.

-No te preocupes por eso, vámonos —insistió, le acaricié el rostro.

-No, Maya, no insistas. Si no te olvidas de la idea ésta va a ser la última vez que nos veamos —amenacé.

Por más estúpido que me pareciera, le prometí que volvería por ella. Aquel juramento, lo hice porque, de otro modo, Regina la hubiera ayudado a planear fugarse conmigo y llegando a Estados Unidos iba a salir de mi maleta. Me vi en la necesidad de asegurarme de que Maya se quedara, viviera en paz y fuera feliz. Yo no la quería conmigo, no iba a regresar y la iba a decepcionar.

No pude decirle que no la amaba, me hizo dudar de mis sentimientos, me sentía mal. No parecía una simple atracción física. Antes de subirme al avión, le escribí “Te amo” desde el celular de mi hermano, tenía que sacar aquel sentimiento de mí y dejarlo con ella. Maya era demasiado joven como para aferrarse así, además, me recordaba una historia que hubiera preferido no saber

Regresé un año después, volví a estudiar, pero mis amigos ya iban adelantados, apenas y los veía, conocí nueva gente, nuevas mujeres. Retomé mi vida rebelde, excesos, fiestas, sexo, discusiones con mi padre. Las chicas me duraban sólo una noche hasta que apareció Diana y se instaló en mi vida. No pensaba en Maya, ni por accidente, hasta reencontrarme con su carta.

La mañana siguiente a mi pelea con Diana, desperté y ella ya no estaba. Dejó una nota en la mesa que decía: “No me gusta discutir contigo, te dejé fruta picada, voy a casa de mi hermana. Te amo”. Me sentí culpable por haberle gritado, pero era aún más molesto que se hiciera la buena, eso me dejaba mal parado, así que arrugué su nota y la lancé al bote de basura.

Fui a mi habitación y busqué la carta de Maya, me la escribió en mi cumpleaños, si la memoria no me traiciona. Acababa de revivir el final de nuestra historia y los motivos por los cuales falté a mi promesa, la leí de nuevo antes de tirarla y deshacerme de ella para siempre.

“La primera vez que te vi pensé que eras un delincuente queriéndome extorsionar. La segunda, juré que eras un tarado, pero terminé por declararte mi amor (¡qué ridícula!). A partir de la tercera descubrí que no quiero sentarme en ese parque si no es contigo preguntándome cosas de mi vida a cambio de tus secretos.

No sé porqué te gusta tanto hablar conmigo, pero puedes hacerlo cuando quieras, siempre y cuando me prometas una cosa: sé honesto, siempre. No me tengas miedo, no soy una niña débil y no me voy a morir porque me rompan el corazón.

Te quiero.

Maya.

P.D. Ya sé que no querías que entrara en tu vida, pero me metí por la puerta de atrás.”

Repasé aquel texto una y otra vez, no cambiaba nada, desde que la abrí por primera vez a mis 19 años hasta ahora. Encontró la manera de entrar en mi vida y la cicatriz de la cuchillada no era la única marca que dejó.

Salí directo a casa de mis papás, mi familia, eran mi obstáculo más grande y tenían que saberlo. Mamá abrió la puerta y le besé el cachete, entré aprisa hasta la sala, papá me miró sorprendido.

-¿Qué pasa?, ¿porqué vienes así? —preguntó mi madre.

-Tengo algo que decirles —los dos me brindaron atención-, no me caso con Diana.

-¿Qué carajos pasa, Mateo? —gritó mi papá.

-Hay algo que he dejado inconcluso desde hace mucho tiempo, me acordé de Maya y no puedo estar tranquilo sin hablar con ella.

-¿En serio? —papá se levantó de su sillón-, ¿te das cuenta de lo idiota que es tu hijo, Tamara?

-Mateo, no entendemos lo que pasa —susurró mi mamá.

-Quiero verla, todavía me acuerdo de lo que pasó hace tantos años y todo quedó inconcluso.

-Mira Mateo, la mujer con la que estás comprometido es un amor maduro y serio, con ella vas a formar una familia. La hija de Adela fue sólo una calentura que trajo problemas y un par de años no hacen una diferencia –argumentó papá.

-Pero todo quedó pendiente, me fui a Estados Unidos y nunca la volví a ver.

-Como haya sido, búscala si quieres, acuéstate con ella y cierra ese capítulo, pero no cometas la estupidez de renunciar a tu vida por Maya.

-No amo a Diana –expliqué.

-Siendo así es mejor que no se case –intervino mi incondicional mamá.

-Tamara, ¿no te acuerdas que le perforaron la costilla por esa muchacha?

-¡Eso ya quedó atrás! –me defendí.

-Yo también fui a buscar a Adela cuando entendí que lo que me hicieron sus papás no fue culpa de ella.

-Mauro...

-Tamara, déjame hablar, por favor –ella obedeció.

-Papá, dejé a Maya, te hice caso y no funcionó, quiero verla.

-Cuando yo busqué a su madre ella ya estaba casada y su marido me partió la cara, casi pierdo a tu madre por un arranque de estupidez, ¡no hagas lo mismo!

-¡Deja de compararme contigo!, me enferma la historia.

-A ver Mauro -interrumpió mi madre-, Mateo y tú no son iguales, Adela y su hija, tampoco. Sea por Maya o no, nuestro hijo no está enamorado y sobre mi cadáver se va a casar obligado –como pocas veces en la vida, mi mamá sacó las garras contra su gran amor por defenderme.

-Que haga lo que quiera –se rindió mi progenitor-, allá tú Mateo, pero ni te molestes en volver a dirigirme la palabra.

-Y tú —me llamó ella—, no te puedes andar comprometiendo con muchachas nada más porque sí, ten cuidado y no te metas en líos. Ya se le va a pasar a ese viejo necio.

Mi padre tuvo razón una vez, hiciera lo que hiciera, Maya siempre iba a ser la hija de la ex novia de mi progenitor. La extrañaba, pero ¿valía la pena otra cuchillada? Al menos mi madre estaba de mi lado.

No le dije nada a Diana, fui a casa de Maya. Decidí retar a mi padre como tantas veces. Yo había sentido amor una vez y justo por ella, la hija de Adela, su novia de la juventud. Estacioné el carro dos cuadras antes de mi destino. A lo mejor no se acordaba de mí o un prometido furioso iba a romperme la cara, pero necesitaba verla para explicarle todo.

Durante muchos años bloqueé su recuerdo de mi memoria, me olvidé del día en que la conocí, ya no recordaba su voz; y ahora lo escribo porque no quiero borrarla. Si era una furia de hormonas o amor, iba a descubrirlo. Justo cuando alcé mi mano para tocar el timbre, me reí. Maya se hubiera burlado hasta el cansancio, era ridículo buscarla, algo típico de las películas que tanto me aburrían.

Voy a esperar a que alguien vuelva a ordenar un espagueti a la carbonara sin tocino y, ahora sí, yo mismo llevaré el platillo. Después de todo, yo sé algo que ella no y sería injusto dejarla con la duda.

